

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

paraíso sangriento

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

PARAISO SANGRIENTO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 537
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 25.775 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1972

© BURTON HARE - 1972
texto

© JOSE TRIAY - 1972
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.146. — En el umbral del infierno.

En Colección **PUNTO ROJO:**

534. — La paz de los muertos.

CAPÍTULO PRIMERO

Los pasajeros descendieron del gigantesco autobús, unos desperezándose después del largo viaje; otros tratando de devolver la agilidad perdida a sus músculos encajados por las largas horas de permanencia en los mullidos asientos.

El bajó sin prisas, con su aire ausente, sus ademanes desmadejados, perezosos. Alguien le miró con disgusto, quizá con una sensación viscosa como la que se experimenta al mirar un reptil venenoso en los *acuariums* de los parques.

A nadie le gustaba Paul Canby. Tal vez, esporádicamente, pudiera surgir alguien lo bastante miope, de excesiva buena fe, que tomara a Canby por una persona normal, decente y buena, hasta amable en ocasiones.

Pero en todo caso, su amabilidad era tan falsa que infundía espanto, porque detrás de ella se ocultaba toda la maldad del infierno.

Paul Canby esperó a que le entregasen su pequeña maleta y echó a andar por la acera de la plazoleta donde el autobús tenía la parada.

El sol de Florida calentaba las calles de Daytona Beach. Un cielo infinitamente azul, limpio de nubes, les hacía el juego a los creadores de folletos publicitarios que describían el lugar como el paraíso de sol, de mar y cielo azules todo el año, de playas de ensueño y otras lindezas por el estilo...

Canby no había leído ningún folleto publicitario de Daytona Beach. Él no estaba allí para gozar del sol, de las playas ni del mar.

Paul Cutler Canby iba a matar a una mujer.

Caminó durante un rato hasta descubrir el rótulo del pequeño hotel que buscaba. Tenía instrucciones concretas al respecto.

Entró y tomó una habitación. El empleado que le atendió perdió su sonrisa profesional cuando se fijó en los ojos del cliente.

Porque los ojos de Cutler Canby le delataban.

Eran unos ojos helados, vacíos, como si estuvieran velados por una fina película incolora que recordaba las pupilas de una serpiente...

El escalofrío que recorrió la espalda del empleado lo habían sentido antes muchas otras gentes, en muchos otros lugares. Ya no volvió a sonreír hasta que el nuevo huésped hubo desaparecido dentro del ascensor.

Cuchillero Canby había tenido un par de tropiezos con la ley. Los recordaba muy bien mientras iba ordenando sus escasos efectos en el armario de la pequeña habitación.

El último bastante serio.

Casi diez años.

Aunque la culpa era de aquellos malditos reductores de cabezas que le torturaron durante días y días, hasta que decidieron encerrarle en un sanatorio psiquiátrico...

¡Los malditos!

Sus manos se inmovilizaron unos instantes al pensar en eso. Un furor sordo, letal, le invadió, como tantas otras veces, como siempre que pensaba en los psiquiatras que le martirizaron con sus exámenes, sus *tests* enervantes, sus preguntas idiotas.

Reanudó su tarea y en unos minutos todo estuvo bien ordenado en las perchas y los estantes.

Entonces abrió el doble fondo de la maleta. Sus ojos, semejantes a los de un pescado, no altearon su absoluta falta de expresión, pero en sus manos largas y blancas se acusó un leve temblor.

Bajo el disimulado fondo habían aparecido un revólver de cañón corto y aspecto barrigudo y un largo, terrorífico cuchillo de doble filo y aguda punta.

Cutler Canby estuvo mirando las armas largo tiempo, absorto, igual que hipnotizado por ellas, o como si dudara al elegir la que iba a utilizar.

Quien le puso, ya hacía mucho tiempo, su inquietante apodo de *Cutler* (Cuchillero), conocía bien sus perversas y retorcidas inclinaciones. Paul Canby era un amante del cuchillo.

Al fin sacó la reluciente hoja de acero y sus dedos la acariciaron unos instantes, comprobando su maravilloso temple, la perfección de sus filos y la espantosa agudeza de aquella punta que relampagueaba al reflejar la luz del sol que penetraba por la ventana.

Volvió a colocar el doble fondo después de retirar la funda de fina piel para su arma. Cerró la maleta y la dejó en el estante superior del armario.

Con el mortífero estilete en las manos pensó una vez más en los hombres que le encerraron en el manicomio. Le hubiera gustado tenerlos ahora a merced de sus manos, o para ser exactos, de su cuchillo...

¡Podían hacerse tantas cosas con un arma semejante!

Jamás volvería a sufrir aquel infierno. No le encerrarían otra vez.

Lo había decidido mucho antes de que le dejasen en libertad.

En realidad, su decisión había ido madurando durante años, aunque ni él mismo creyó nunca que fuera realmente muy firme. Aquel engendro que vivía agazapado en su mente y que, muy de tarde en tarde, se convertía en un demonio sediento de violencia y de sangre, empujándole a matar, llegaría a dominarle algún día y volvería a sumergirse en un marasmo de rojo fuego semejante a un estallido.

Lo presentía, y quizá por eso sus propósitos de vivir apartado de la

violencia no eran todo lo firmes que soñó.

Y poco después de lograr su libertad a costa de renunciadas, de fingimientos y humillaciones, sucedió aquello.

Nunca pensó que cosas como esas pudieran ocurrirle a él.

Tenía unos pocos ahorros que no le alcanzaban más que para mal vivir un corto tiempo, así que la cosa le solucionaba esa parte del problema.

Y, encima, le ofrecía la oportunidad de dar rienda suelta a sus más salvajes instintos, le permitiría satisfacer su sed de mal.

Todo lo que debía hacer era ir a Daytona Beach.

Y matar a una mujer, del modo que él había ansiado siempre hacerlo.

Y ahí estaba.

Cutler Canby sujetó la funda a su cinturón, introdujo el cuchillo y suspiró.

Le hubiera gustado tener la inteligencia necesaria para comprender la razón de sus espantosas ansias de sangre y de violencia, saber por qué retorcido vericuerdo de su tarado cerebro penetraba aquel goce extraño que volvía rojo al mundo, y le obligaba a desear que la sangre corriera como un torrente hasta anegar aquella incontenible desazón que rugía en sus entrañas como una bestia salvaje hambrienta de violencia y muerte.

Volvió a la calle y se mezcló entre la gente.

Odiaba a la gente con todas sus fuerzas. Odiaba al mundo entero, pero en especial a esa humanidad feliz y despreocupada. Le hubiera gustado tenerlos a todos babeando de miedo a sus pies, mirando con terror su afilado cuchillo, suplicándole piedad...

Anduvo un buen trecho, forzando su cerebro para que recordara los detalles de las instrucciones.

Fracasó.

Maldijo en voz baja, plantado en una esquina.

Junto a él pasaron un grupo de muchachas que regresaban de la playa. Reían y sus voces eran tan alegres como una bandada de pájaros en primavera.

Canby las miró con sus ojos glaucos.

Llevaban pequeños *shorts* y pañuelos estampados alrededor de los senos juveniles. Eran jóvenes y hermosas y reían a la vida, porque la vida era para ellas, todavía, una aventura maravillosa que nadie había enturbiado. Sobre sus cuerpos maravillosos se deslizaban aún gotitas de agua de sus recientes juegos en el mar.

Canby pensó que aquellas gotitas brillantes se volvían rojas.

Aquellos cuerpos casi desnudos eran solo eso: cuerpos conteniendo sangre, nervios, músculos y tendones en los que su cuchillo haría todas las monstruosidades que le dictase el engendro que se agazapaba en su

mente.

Sacudió la cabeza, temeroso de que sus negros pensamientos pudieran ser captados por los que pasaban por su lado...

Era una contrariedad enojosa no recordar ahora las indicaciones.

Claro que no podía llevarlas escritas en el bolsillo. Hubiera sido una provocación al destino.

Cuando se decidió, cruzó la calle encaminándose a un puesto de periódicos que había al otro lado, atendido por una mujer anciana que fumaba un grueso cigarro, ajena a la curiosidad que pudiera despertar.

Paul Canby carraspeó y la mujer levantó la mirada. Achicó los ojos porque apenas veía.

—Perdone... —empezó el hombre.

—¿Quiere un periódico, una revista...?

—No, no... ¿Puede decirme el camino para ir a Green Paradise?

Ella exhaló una bocanada de humo que envolvió por unos instantes la cabeza del preguntón.

Después cabeceó y se lo dijo.

CAPÍTULO II

Estaba revisando unos aparejos de pesca de altura junto al embarcadero, sobre la fina arena. El sol picaba aún y arrancaba destellos plateados a las aguas del mar.

Una bandada de gaviotas sobrevolaba la pequeña cala alegrando el silencio con sus graznidos.

A su derecha, en el embarcadero, se mecían el gran yate de lujo, el pequeño velero y la *Cris-Craft* para la pesca, una embarcación veloz y sólida que volaba sobre las aguas.

Brian Mason soltó un gruñido de disgusto ante el aparejo maltratado. Había que reconocer que, como pescadores, los amigos del patrón eran todos unos manazas.

—Hola, Brian —oyó una voz a su espalda.

Giró la cabeza y vio a la muchacha. Tendría veinte años, llevaba un bikini blanco, tenía largas piernas muy bonitas y finas caderas.

Estaba sonriendo con sus labios carnosos, rojos, y con sus ojos de un verde profundo y oscuro.

—Hola —dijo Brian.

—Estuve viéndole trabajar desde la casa.

—Debió aburrirse.

—No.

Cayó el silencio.

Él se levantó, sacudiéndose la arena.

—¿Va usted a nadar? —preguntó.

—¿Le gustaría nadar conmigo?

—Me agrada, pero tengo trabajo.

—Olvédelo esta tarde.

Brian sacudió la cabeza.

—No quiero arriesgarme a quedarme sin empleo.

Ella rio otra vez. Sus dientes, blanquísimos, perfectos, destacaron vivamente entre el rojo de los labios.

—El señor Garland no se desprendería de usted a ningún precio. Precisamente anoche dijo que nunca había tenido a nadie como usted a cargo de sus embarcaciones.

—¿Eso dijo?

—Quizá hablo demasiado.

—Me gusta oírlo.

—Oírme, sí. Pero no quiere nadar conmigo.

El suspiró, recogiendo los aparejos.

—Mire, usted es una invitada, y yo un empleado de los Garland. No

complicuemos las cosas y todo irá bien. ¿Sabe si piensan salir a pescar mañana?

Ella hizo un mohín de disgusto.

—Creo que van a navegar en el yate hasta los cayos. El asintió.

En pie, su extraordinaria estatura realzaba contra la frágil belleza de la muchacha. Llevaba un pantalón tejano que había perdido el color y estaba deshilachado en los bajos.

Era toda su vestimenta, de modo que el poderoso torso tostado por el sol de Florida mostraba los duros músculos con tanta claridad como en una lección de anatomía.

La joven exclamó:

—¡Apuesto que ni siquiera recuerda mi nombre!

—Seguro. Usted es Patricia Faxon, detesta la pesca de altura, odia a los peces y le encanta nadar. Lo recuerdo muy bien.

—No creí que se hubiera fijado tanto en mí durante la excursión de ayer. Estuvo usted muy ocupado con los invitados para que no se cayeran de cabeza por la borda.

Brian sonrió.

—No son muy expertos. Es cuestión de aprendizaje.

—¿Dónde aprendió usted?

—En una escuela muy dura. Y ahora, si me permite...

Se despidió con un ademán y unos minutos después desaparecía en las entrañas de la *Cris-Craft*.

Patricia Faxon estuvo siguiéndolo con la mirada hasta que lo perdió de vista. Un brillo de excitación relucía en sus ojos cuando corrió hacia la orilla y se zambulló con un salto ágil y alado.

Estuvo nadando un buen rato en torno a las embarcaciones, sumergiéndose a veces, flotando perezosamente o braceando sin mucha energía cuando las olas pretendían llevarla mar adentro.

Al fin, Brian Mason salió de la lancha. Encendió un cigarrillo y entonces oyó la voz de la muchacha llamándole.

Se volvió, viéndola cómo agitaba la mano un poco más allá.

—¿No se decide, Brian? —le gritó.

El sacudió la cabeza. En aquel instante vio a otra mujer que descendía la suave pradera de verde césped que separaba la playa de la enorme residencia elevada sobre la pequeña elevación del terreno.

Saltó al embarcadero y salió a su encuentro.

—Buenas tardes, señora —murmuró, deteniéndose cuando ella llegó a su altura.

—Hola, Mason. ¿Todo en orden?

—Pueden zarpar cuando lo deseen.

—Mañana. En el yate. Téngalo todo dispuesto para un crucero de un par de días. Avise a Colton y a Archer para que estén a bordo al amanecer.

—Les telefonearé esta misma tarde.

Ella sonrió, aprobando.

Era una mujer de unos cuarenta años, con un cuerpo soberbio y un rostro de gran belleza, una belleza que apenas ocultaba el fuego de sus ojos. Vestía un cómodo conjunto veraniego que moldeaba su busto y caderas, acampanándose a partir de ahí.

—Veo que la pequeña Pat ha decidido tomar su baño... —comentó.

El volvió la cabeza. La muchacha nadaba hacia la orilla.

—Es una excelente nadadora —comentó.

Berenice Garland le observó unos instantes con una chispa de interés en sus pupilas. Sonrió cuando dijo:

—Es una chiquilla alocada, pero muy hermosa, Mason.

—Sin duda.

—Cuide de ella para que no cometa ninguna imprudencia... en el mar, quiero decir.

Brian asintió, un tanto incómodo. Comprendió perfectamente la alusión, y por unos instantes no supo adónde mirar.

Fue gracias a esa fugaz turbación que vio el movimiento entre los árboles que se alzaban al sur de la pradera de césped.

Se puso rígido de pronto. El movimiento había sido el de alguien que trata de ocultarse apresuradamente.

La mujer también volvió la cabeza.

—¿Suced algo, Mason?

—Me pareció ver a alguien ocultándose entre los troncos de aquellos árboles, señora. ¿Sabe si alguno de los invitados...?

—Están todos en la casa.

—Será mejor que dé un vistazo.

Echó a andar hacia la arboleda. Sus pies descalzos se hundían en el césped con pasos rápidos. Era asombrosa la felina agilidad de su cuerpo teniendo en cuenta su fortaleza.

Mientras él se alejaba, Pat salió del agua como una grácil sirena. Corrió hacia la señora Garland.

—¡El agua está deliciosa! —exclamó. Entonces advirtió la prisa de Brian y preguntó—: ¿Adónde va?

—Mason creyó ver a un intruso entre los árboles.

—¡Oh!

De pronto le vieron echar a correr. Lo hizo con una equilibrada seguridad, como si volara sobre el césped, igual que un tigre en la selva.

Pat contuvo el aliento. La señora Garland murmuró:

—¡Debe haber descubierto a alguien...!

Le oyeron gritar una orden. Luego, se esfumó entre los árboles.

—Es la primera vez que sucede una cosa así en Green Paradise —dijo la mujer, inquieta.

Pat tenía la mirada clavada en la arboleda. Oyeron un grito, una voz

ronca que lanzaba un alarido. Después, silencio.

Pasaron unos minutos en que nada más se oyó. Las dos mujeres estaban como electrizadas, tensas.

Y de pronto le vieron aparecer. Incluso a aquella distancia vieron la sangre que se deslizaba por su pecho dándole un aspecto terrible.

Berenice Garland no pudo contener un grito de espanto.

Patricia echó a correr hacia el hombre herido con una extraña angustia en el corazón.

Brian se detuvo. Su rostro estaba contorsionado por el dolor y la ira, mientras sus ojos grises ardían como brasas. Se apretaba el costado con la mano y la sangre brotaba por entre los dedos.

—¡Brian! —jadeó Pat, deteniéndose junto a él.

—Tranquilícese, no es nada grave... espero.

—¡Dios, está perdiendo toda la sangre!

—No exagere —trató de bromear el marino.

—Le ayudaré. Apóyese en mí.

—La pondría perdida de sangre. Puedo sostenerme. Pero a ese tipo...

—¿Cómo fue?

El echó a andar otra vez. Ella se colocó a su lado.

—Un maldito fisgón... tenía un cuchillo. Me sorprendió cuando ya le había atizado una vez, tirándolo a diez pasos de distancia.

—¿Quién era, lo sabe?

—No lo había visto nunca...

—¡Mason!

Se detuvo ante la señora Garland.

—No se inquiete. No pudo hundirme el cuchillo...

—¿Sabe quién...?

—No... pero jamás olvidaré sus ojos. Ese tipo...

Se tambaleó. Pat trató de sostenerlo y él aún sonrió.

—Parece que es cierto que la tierra da vueltas... sobre su eje...

Se desplomó de bruces y entró en una negra oscuridad en la que no cabía el dolor, ni la visión de dos mujeres terriblemente asustadas que le miraban con ojos desorbitados de angustia...

CAPÍTULO III

El médico salió del cuarto de baño bajándose las mangas de su impecable camisa blanca.

Desde la cama, Brian ladeó la cabeza.

—Gracias, doctor. No pensé que la cosa fuera tan mala.

—Tuvo usted mucha suerte, amigo mío. El que manejaba ese cuchillo no bromeaba. Iba recto al corazón... solo que no llegó.

—Salté hacia atrás en el último instante, lo recuerdo muy bien. Fue entonces cuando él huyó. Le chorreaba la sangre de sus labios rotos.

—¡Debió romperle el cuello en lugar de la boca! —barbotó Robert Garland.

—Confieso que me gustaría mucho hacerlo... y quizá lo haga si vuelvo a tropezarme con ese tipo alguna vez.

Había un tono helado en la voz del marino, un acento extraño que produjo escalofríos en los dos hombres.

—Tómelo con calma —recomendó el médico—. Durante unos días necesita no excitarse ni realizar esfuerzo alguno.

—Eso va a ser difícil, doctor. Mañana por la mañana zarpamos.

—Olvídelo —dijo Garland—. He suspendido esa excursión.

—No necesita hacerlo...

—Ya lo hice. Es incuestionable que usted no puede patronear el yate, y jamás me atrevería a salir solo con sus dos ayudantes.

Brian soltó un gruñido.

—Lo lamento, patrón, de veras.

—Le veré después. Quiero hablar con usted antes de llamar a la policía y hacerles intervenir en esto.

—¿Por qué?

—Hablaemos después —dijo, ceñudo.

Él y el médico salieron.

Al quedar solo, Brian concentró sus pensamientos en el hombre que había estado a punto de matarle. Quería que aquel rostro, aquellos ojos espantosos, quedasen fijos en su mente para que, si algún día lo encontraba otra vez, ajustarle las cuentas. Sería una gran cosa retorcerle el cuello y hacerle pedazos...

Con esos alentadores pensamientos se quedó dormido.

★ ★ ★

Paul Cutler Canby se detuvo jadeando entre el follaje, cerca de la carretera. Valiéndose del pañuelo restañó la sangre que brotaba de su

boca.

Los labios rotos le dolían de un modo atroz. Maldijo al gigante que le había sorprendido y lamentó con todo su ciego furor no haberlo matado.

Otro individuo estaría muerto a estas horas. La cuchillada que descargó era mortal sin ninguna duda, pero aquel maldito tipo semidesnudo resultó ser tan ágil como un gato... pero no se fue de vacío. El cuchillo había mordido carne...

El odio que siempre había sentido contra el mundo se acrecentó. Una ira insana, igual que cuando los psiquiatras le condenaron al encierro.

Pero había conseguido por lo menos su objetivo.

Ver a la mujer.

Se recostó contra un árbol y poco a poco se deslizó por él hasta quedar acurrucado sobre la hierba.

Tanteó en un bolsillo con la mano que le quedaba libre. Encontró la cartulina y al sacarla contempló, a la luz de la tarde que declinaba, el hermoso rostro que parecía sonreírle desde la fotografía.

Apartó el pañuelo. El dolor aumentó y le arrancó un quejido.

Aquella era la mujer que debía morir.

Hizo pedazos la fotografía. Después convirtió los pedazos en diminutos fragmentos, tan pequeños que era materialmente imposible que nadie, nunca, pudiera identificar la foto, y luego los arrojó al aire.

Solo el pensamiento de lo que iba a hacer con aquella mujer le calmó el dolor, la ira y el odio. Aquello sería la compensación a cuanto le había sucedido.

Una compensación pagada con sangre, y entonces no sería la suya.

Cerró los ojos, sosteniendo el pañuelo sobre los labios rotos. Esperaría a la noche antes de regresar al centro de la población para planear allí, en la soledad de su cuarto, el modo más seguro de conseguir lo que debía hacer.

★ ★ ★

Robert Garland sacudió la cabeza, incrédulo.

—Mire, Mason —gruñó—, mi obligación es dar cuenta de lo sucedido a la policía, pero lamentaría crearle problemas con ello.

—¿Problemas?

—No puedo creer que ese individuo del cuchillo estuvieran en la arboleda solo para espiar a una chica en bañador.

—Los hay con el cerebro tarado, señor, y usted lo sabe. Espían a las mujeres a escondidas y...

—Pero son inofensivos. No andan por ahí con un cuchillo en la mano.

—¿Qué es concretamente lo que quiere usted decir?

El millonario se removió, inquieto.

—Mason, voy a ser sincero con usted. Es el mejor patrón que he tenido para mis embarcaciones. Nunca antes tuve otro tan diestro, eficiente y bravo como usted. Pero la verdad es que apenas sé nada de su pasado... y le aseguro que a veces me intriga en gran manera.

—Yo no...

—Déjeme terminar. Usted no es un individuo corriente. Hay algo en su personalidad que le delata como un hombre de poderoso carácter, recio como un roble, y no hablo solamente de su... digamos, aspecto físico. Nunca le hice preguntas, puesto que cuando decido confiar en alguien lo hago por entero.

—Gracias.

—¡No me las dé, maldita sea! Lo que quiero decir concretamente es que, si llamo a la policía y luego resulta que este ataque es debido a cualquier episodio relacionado con su pasado, y que usted desee mantener oculto, se verá envuelto en un grave problema.

Brian sacudió la cabeza.

—Mi pasado no fue precisamente una sinecura —dijo con cierta ironía—. Pero le repito que nunca había visto a ese individuo. No venía por mí, eso es seguro.

—Entonces, ¿no tiene usted inconveniente en que llame a la policía?

—En absoluto, señor.

—¿Ni en que ellos escarben en su pasado?

—Estoy seguro que si lo hacen, la cosa les divertirá. Pero no hay nada que pueda perjudicarme actualmente, señor.

—Muy bien...

—Únicamente, que resultará desagradable para usted, teniendo la casa llena de invitados.

—Se marchan esta noche, Mason. Pero en eso tiene razón... para ellos resultaría injurioso que la policía viniera a molestarles. Lo pensaré.

—Por mi parte, obre como crea conveniente. En cuanto al tipejo que me hirió... Bien, algún día espero tenerlo al alcance de mis manos.

Garland le miró con los ojos entrecerrados. Sonrió al murmurar:

—Yo también lo espero, Mason... de veras que sí.

Abandonó la habitación sin sonreír ya, ceñudo.

Brian suspiró. Si alguien metía la nariz en su pasado iba a tener materia sobre la que reflexionar. Era toda una odisea.

Quizá por eso agradecía tan profundamente a los Garland que le hubieran aceptado sin preguntarle nada, confiando en él hasta donde muy poca gente lo hubiera hecho sin hacer antes infinidad de averiguaciones.

Tardó tres días en abandonar la habitación, y cuando lo hizo, aquella mañana de sol, salió a la pequeña terraza desde la que podía contemplarse una panorámica de la pequeña cala, el embarcadero, los bosques y parte de los jardines con la imponente residencia en lo alto.

Él vivía en un pabellón erigido cerca del embarcadero y allí gozaba de absoluta independencia.

De modo instintivo miró hacia la arboleda en la que había tenido lugar la lucha. Si pudiera cazar a aquel desconocido de ojos pálidos...

Movió el brazo. Notó la tirantez de la herida vendada, pero ya no hubo dolor alguno. Unos días más y estaría cicatrizada.

Encendió un cigarrillo. Vio llegar a la sirvienta con el desayuno que le mandaban cada mañana desde la casa y sonrió. Luego, su expresión cambió cuando vio aparecer a la muchacha que seguía a la empleada.

Patricia Faxon agitó la mano desde lejos cuando le descubrió.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —exclamó cuando las dos muchachas subieron a la terraza—. Tenía entendido que los invitados se habían marchado.

—Se fueron todos... menos yo.

—Bueno...

—¿Le disgusta?

—¿A mí? De ningún modo... Gracias, Mary.

La sirvienta dejó el desayuno sobre la mesa, sonrió y se fue.

—Ande, coma —dijo Pat—. Yo lo hice hace horas.

Le contempló mientras él daba cuenta del abundante desayuno.

De pronto dijo:

—En la casa solo se habla de usted.

—Bueno.

—Y del hombre que le hirió, por supuesto. Usted piensa que él estaba allí escondido para espiarme, ¿no es cierto?

—Así se lo dije al señor Garland.

—¿Un deficiente mental? ¿Eso cree?

—Sí.

—Yo no lo creo.

—¿Por qué no?

—Aunque yo estaba allí, a la vista, y solo llevaba un bikini, usted estaba conmigo. Aquel hombre debía saber que nunca podría acercárseme mientras un hombre tan fuerte como usted estuviera en la playa. Y sin embargo, él estaba espiando todo el tiempo.

—Quizá esperaba a que yo me fuera.

—Lo dudo.

—Usted tiene algo entre ceja y ceja.

—Cierto. Yo pienso que aquel hombre quería matarlo a usted.

El sacudió la cabeza.

—Usted también...

—También lo creo, como Robert... como el señor Garland.

—Están equivocados. De todos modos ya pasó. No creo que vuelva nunca más a meter las narices en esta propiedad.

Apartó los platos, ofreció un cigarrillo a la muchacha y ambos encendieron.

Ella comentó de pronto:

—¿Sabe que Mervin llega hoy?

—¿El hijo del señor Garland?

—¿Quién otro? Trae a su novia con él, ¿sabe?

Brian enarcó una ceja.

—¿Su novia?

—Eso dije.

—Pero yo creí que él y usted...

Pat se echó a reír.

—¿Por eso se ha mostrado siempre tan condenadamente distante? ¡Mervin y yo! Qué absurdo.

—¿Absurdo? No veo por qué.

—Nos conocemos desde niños. Nunca nos pasó por la imaginación cambiar la amistad por otro sentimiento.

—De cualquier modo, eso no es asunto mío.

—La novia se llama Gertie. No me gusta.

—¿Por qué?

—Quiero decir el nombre... A ella ni siquiera la conozco. Pero Gertie no me suena bien... Gertie Gregg. ¿Se lo imagina?

Él se encogió de hombros.

Ante su mutismo, la muchacha exclamó:

—¿Es que tampoco le interesa ese tema?

—Mire, señorita Faxon...

Ella se levantó de un salto.

—Señorita Faxon —refunfuñó—. ¿Sabe una cosa, señor Brian Mason? ¡Es usted un búho!

Dio media vuelta y se marchó.

Él se levantó riéndose entre dientes. Aquella chiquilla tenía la virtud de ponerle nervioso.

Descendió a la playa encaminándose al embarcadero. Los dos marineros del yate estaban baldeando la cubierta y cambiaron impresiones con él respecto a su recuperación y las fechas probables en que se harían a la mar.

Después, Brian se fue dando un paseo hasta la arboleda, la recorrió minuciosamente pero no pudo ver el menor rastro del intruso del cuchillo.

Pasó el resto del día sintiendo crecer su nerviosismo. Desde su terraza vio llegar a la casa un gran «Lincoln» gris y supuso que llegaba la pareja de novios.

Al anochecer empezaron a encenderse luces en la residencia. El decidió ir a la cocina general para cenar, puesto que ya no necesitaba que le trajeran las comidas a su pabellón.

Anduvo cansinamente, y cuando dobló la esquina del edificio vio al individuo que se escabullía hacia los garajes.

—¡Deténgase! —rugió, echando a correr.

El hombre, bajo, rechoncho, redobló su carrera.

Pero el gigante que le seguía era demasiado ágil, demasiado rápido y tenía las piernas muy largas para que tuviera ni una oportunidad.

Le dio alcance cuando casi llegaba a los garajes. Y esta vez, Brian no se anduvo con rodeos. Descargó un trallazo con su puño como una roca, la nuca del fugitivo crujió y el hombre se hundió de cara en la hierba y quedó quieto.

Brian colocó su pie sobre la muñeca derecha del inconsciente desconocido, presionándola contra el suelo. Entonces se inclinó y agarrándole por los cabellos le dobló la cabeza hasta poder verle la cara.

A pesar de la oscuridad, no le costó darse cuenta de que jamás le había visto. Había tenido la esperanza de que fuera el hombre del cuchillo, pero ahora, desengañado, le soltó, irguiéndose.

La puerta del garaje estaba abierta de par en par. Podía ver el brillo opaco de las carrocerías. Había cuatro coches allí dentro, y el «Lincoln» llegado durante la tarde que permanecía en la plazoleta frente a la casa.

El desconocido comenzó a dar señales de vida mediante un sordo quejido. Brian esperó, rechinando los dientes.

Un minuto después, el hombre se movió. Él le ayudó a sentarse en el suelo y dijo:

—Cuidado con lo que hace, hermano, porque estoy muy nervioso.

—Yo... yo...

—¡Levántese!

Lo hizo, tambaleándose sobre sus inseguras piernas.

—¿Con qué me golpeó?

—Con un mazo. Ponga las manos detrás de la cabeza y no mueva ni las pestañas.

—Usted se equivoca, señor...

—Ya lo sé. ¡Rápido!

El otro dio un respingo. Colocó las manos cruzadas detrás de la nuca y le miró, atemorizado.

—Ahora veamos qué andaba usted buscando.

—Me extravié.

—¡Qué cosas! Apuesto que vino a parar a los garajes por error, ¿no es así? Porque usted ha abierto las puertas.

—Le juro que no.

—Siempre están cerradas por la noche, incluso cuando alguien piensa salir más tarde. ¡Usted abrió las puertas y yo quiero saber por

qué!

—¡Puedo jurarle que...!

Nunca terminó. En el silencio de la noche vibró el ladrido de una pistola, un seco estampido que apagó la voz del desconocido y también su vida, porque sufrió una brutal contracción y luego se derrumbó, casi golpeando a Brian al caer.

El marino dio un salto atrás. Cuando quiso ver de dónde había llegado la bala no pudo descubrir nada por ningún lado.

Esta vez, la muerte había descargado su zarpazo sin errar.

Entonces empezaron a oírse voces en toda la casa.

CAPÍTULO IV

El primero en aparecer fue Robert Garland, seguido de Pat y de su esposa.

Tras ellos, el joven Mervin exclamó:

—¡Gertie! ¿Dónde está?

Una voz, más allá del ventanal francés por el que habían salido, respondió:

—¡Estoy aquí, querido! ¿Qué fue ese estruendo?

Garland llegó junto a Brian. Miró al hombre muerto y gruñó:

—¿Le tumbó usted, Mason?

—No, señor. Bueno, la primera vez sí, pero fue con un puñetazo.

—No entiendo una maldita cosa. ¿Es el hombre que le hirió?

—No, señor Garland. A este no lo había visto nunca. Le descubrí merodeando cerca de la casa. Los garajes estaban abiertos también.

—El debió violentar las cerraduras, pero...

Las mujeres le interrumpieron. Todas querían saber a la vez...

Brian Mason refunfuñó:

—Es la segunda visita de esta clase que recibimos en pocos días, señor Garland. Empiezo a preocuparme.

—Esta vez, la policía deberá tomar cartas en el asunto. Ellos se encargarán de poner esto en claro. Lo siento, Mason, por si con ello salen a relucir cosas que usted...

—Olvídelo. Cualquiera creería que tengo algo que ocultar.

Mervin murmuró:

—¿Y no es así, Mason?

—¿Qué?

—Nadie sabe nada de usted.

—¿Quiere que le cuente mi historia, ahora?

—Debió contársela a papá cuando le contrató. Siempre dije que...

—¡Mervin!

El vozarrón del millonario acabó con la naciente polémica.

Entonces llegaron también los dos marinos del yate. Brian les señaló el cadáver y gruñó:

—Vigíladlo hasta que llegue la policía. Nadie debe tocar nada, Archer.

Este cabeceó.

—De acuerdo, Brian.

—Nosotros será mejor que entremos todos en la casa —propuso Garland.

—Si no le importa, iré a la cocina a comer algo... Me dirigía allí

cuando descubrí a ese tipo. Llámeme cuando llegue la policía, por favor.

Los sirvientes, a corta distancia, le siguieron cuando pasó junto a ellos y todos entraron en la gran cocina.

★ ★ ★

El comisario John Drake estaba evidentemente incómodo.

—Por supuesto, procuraremos evitarles todas las molestias posibles, señor Garland —murmuró—. Todos sabemos su elevada posición y nadie les importunará en absoluto.

Garland asintió con un gesto.

—Quiero que descubran quién era ese individuo y por qué estaba en mi jardín. Sospecho que están ocurriendo cosas inquietantes a nuestro alrededor, puesto que es el segundo atentado que...

El comisario le atajó con un gesto.

—De eso me gustaría hablar con el señor Mason, puesto que él fue protagonista del primero. Y ya que estamos en eso, se me ocurre que hicieron ustedes mal al no avisarnos entonces.

Brian dijo:

—Pensamos que era un simple merodeador... Ya sabe; uno de esos retorcidos individuos que espían a las mujeres cuando se bañan y cosas así.

—De todos modos... Bien, mis hombres harán el trabajo de rutina allá fuera. ¿Dónde podemos hablar en privado usted y yo, Mason?

—En mi pabellón, por ejemplo.

—Está bien.

Se levantaron. Los demás estuvieron mirándoles hasta verlos desaparecer.

Mervin gruñó:

—No me gusta ese individuo, papá.

—¿Te refieres al comisario?

—¡Ya sabes que me refiero a Mason!

—No necesitas levantar la voz para eso, hijo. ¿Qué tienes contra él? Es el mejor empleado que tuve jamás.

—¿Y qué sabes de él, aparte de que es un excelente patrón de yate?

—Muy poco, pero confío en él.

—Te repito que es un individuo sospechoso. Nunca me gustó. Es demasiado corpulento, demasiado fuerte, demasiado seguro de sí mismo... Y apuesto que tiene una inteligencia tan aguda como el filo de una navaja. ¿Qué demonios está haciendo aquí un hombre como ese? Podría ocupar mejores puestos si se lo propusiera. No obstante, se conforma con un sencillo empleo que...

—¡Ya basta!

Mervin se encogió de hombros.

Su madre murmuró:

—Mervin, tanto tu padre como yo misma tenemos absoluta confianza en Mason, de modo que no discutas este punto, por favor.

—Está bien, mamá. Ojalá no tengamos que lamentarlo nunca.

Su novia deslizó la mano entre sus dedos y oprimió, calmándolo. Le sonrió y la nube que parecía cernirse sobre la reunión se deshizo al instante.

Patricia suspiró.

—De cualquier modo —dijo con su voz alegre—, no podemos quejarnos de falta de emociones. Gracias por haber permitido que me quedara, Berenice.

—Si te gusta toda esta excitación, no cabe duda que acertaste al quedarte aquí. ¿Sabéis una cosa? Me gustaría saber de qué están hablando Mason y el comisario —dijo la señora Garland exhalando un largo suspiro.

★ ★ ★

Sin ninguna duda le hubiera interesado mucho poder oírlo.

Apenas llegaron al pequeño pabellón, y cuando Brian hubo encendido las luces, el comisario, tras mirar a su alrededor, comentó:

—No cabe duda que vive usted bien aquí, Conway.

Él se volvió poco a poco.

—De modo que lo sabe usted, comisario.

—¿Qué es usted Dan Conway? Hace algún tiempo que lo averigüé.

—Debí suponerlo.

—No se excite, amigo. Comprenda que este es un lugar sumamente exclusivo. Vive gente muy importante en este distrito, familias que significan mucho en la sociedad americana. De modo que solemos investigar someramente la identidad de cuantos se establecen aquí, por su cuenta o contratados por esas familias. Por supuesto —se apresuró a añadir—, sin que lo sepan ellos mismos. Solo en casos de descubrir que la persona contratada es un riesgo potencial para su seguridad, o para la seguridad de sus bienes, les informamos.

—Eso quiere decir que a mí no me consideraron un riesgo potencial...

—Hasta cierto punto, no. Averiguamos todo lo posible sobre su turbulento pasado. Entre paréntesis, le diré que es uno de los historiales más interesantes con que he tropezado en toda mi carrera. Pero no pude descubrir nada que nuestras leyes pudieran considerar punitivo... actualmente.

—Nunca actué en este país.

—Lo sé.

—¿Y ahora qué piensa hacer?

—Bueno, primero ver en qué paran estos atentados y qué relación pueden tener con usted.

—Ninguna, comisario.

—No me diga que no dejó cuentas pendientes en el pasado.

—Algunas, pero fue lejos de aquí, y entre gente que no movería un dedo para ajustarlas ahora. Quizá si pudieran pescarme en su ambiente hicieran un intento para darme un susto, pero no viajarán miles de millas para buscarme.

—Eso no es seguro.

—Lo es para mí. Les conozco bien a todos. Viví entre esa gente mucho tiempo.

—Ya sé a qué gente se refiere. Ratas de muelle, contrabandistas, rufianes de la peor calaña y forajidos capaces de cortarle el cuello a su abuela si alguien les paga por hacerlo.

Brian sonrió.

—Usted ha aceptado solo la parte mala de mi pasado...

—¿Es que hay una parte buena?

—Al diablo con usted. ¿Tratamos de ese tipejo muerto o no?

—Cuénteme cómo sucedió. Con detalle, Conway.

—Mire, siga llamándome Mason, ¿quiere?

—Lo decidiré cuando terminemos.

De modo que Brian le contó el suceso de la noche con todos los pormenores.

Después, Drake gruñó:

—¿No pudo usted ver desde dónde dispararon?

—En absoluto. Fue todo muy rápido, y yo estaba pendiente del tipo en aquellos momentos.

—Claro, claro... ¿Pudo ser alguien de la casa?

El marino pegó un salto.

—¿De la casa? Usted está chiflado, comisario.

—¿Sí o no?

—Imagino que no, a menos que quien fuera manejara la pistola en presencia de todos los demás. Salieron juntos al oír el estampido.

—Bien, era una pregunta forzosa.

—Yo diría más bien una pregunta idiota. No olvide lo que usted mismo dijo antes, respecto al importante nivel social y económico de sus vecinos.

—Con sarcasmos no llegaremos a ninguna parte. Vayamos al tipo que le atacó entre los árboles.

De nuevo, Brian relató su aventura con el individuo del cuchillo, y al fin añadió:

—Nunca le olvidaré... tenía ojos de reptil, si entiende lo que quiero decir.

—¿Qué clase de ojos son esos?

—Es difícil de explicar. Unos ojos muy pálidos, como velados... Ni siquiera cuando le acorralé y conseguí sacudirle un trallazo en la cara cambiaron de expresión...

—En todo caso, no me cabe duda que son ojos muy extraños. ¿Tampoco a aquel lo había visto nunca?

—Estoy seguro que no.

—¿No pronunció ni una palabra?

—Solo gritó cuando le golpeé. Un grito de ira, o de dolor.

—Debió dolerle... usted pega muy duro, Conway. Recuerdo un pasaje del informe sobre su pasado que...

—Olvídelo.

Drake sonrió, socarrón.

—Cuando me aburro, en mis turnos de noche, a veces leo el historial. Me distrae y me quita el sueño a la vez.

—Celebro que sirva de algo práctico.

Antes que el policía pudiera replicar, alguien subió las escaleras y llamó a la puerta con los nudillos.

Drake gruñó:

—¡Entre!

Uno de sus hombres empujó la puerta y saludó.

—Hemos encontrado algunas cosas en los bolsillos del tipo, comisario. Mire... este juego de limas y esta pequeña sierra plegable para metales...

Depositó las herramientas sobre la mesita. Añadió un paquete mediado de cigarrillos de una marca popular, un estuche de cerillas, un llavero con dos llaves «Yale» y un viejo bolígrafo.

—Eso es todo.

—¿Nada de papeles?

—Ningún documento. Tampoco hay etiquetas en las ropas.

—Profesional sin la menor duda.

—He observado la piel del cadáver, comisario...

—¿La piel del...? Bueno, ¿qué hay de raro en su piel? A mí me pareció un hombre de raza blanca.

—Demasiado blanca, diría yo.

—¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Al verlo con la luz del garaje, he advertido la extraordinaria palidez de su piel, como si no le hubiera tocado el sol durante mucho tiempo... años tal vez.

Drake se enderezó, súbitamente alerta.

—¿Presidiario quizá?

—Eso es lo que pensé.

—Excelente observación, Harry, de veras. Que le tomen las huellas dactilares y enfoque las averiguaciones en ese sentido. Quizá nos

ahorremos mucho trabajo.

El agente salió apresuradamente. Drake señaló los objetos que quedaban sobre la mesita y murmuró:

—Es un equipo muy raro para un ladrón, ¿no cree?

—No era un ladrón, comisario.

—No, supongo que no. Una sierra para cortar metales, y un juego de afiladas limas. ¿Para qué infiernos las quería? No hay rejas en los ventanales de la residencia...

—No las hay.

—Y nadie es lo bastante idiota como para intentar abrir una caja fuerte con estas herramientas.

Brian sacudió la cabeza.

—Le he dicho que le vi escabullirse, pero no por que me hubiera descubierto a mí. En realidad, no me vio hasta que me lancé en su persecución. Tuve la idea de que había estado espionando la casa, y las puertas de servicio, como si quisiera asegurarse de que nadie iba a salir y sorprenderle...

—¿Sorprenderle dónde?

—¿Cómo voy a saberlo? A menos que...

—¿Sí?

—¡El garaje!

—Ya dijo usted que el tipo lo había abierto. Sin embargo sigo sin entender lo que... ¡Demonios! —exclamó de repente.

—Limas, una pequeña sierra para metales... ¡Los coches! Ese maldito pensaba sabotear los coches del garaje.

Drake se levantó de un brinco.

—Si fuera cierto, entonces le aseguro que empezaría a preocuparme de veras...

—¿Qué otra cosa puede ser? Abrió las puertas...

—Un momento.

—Abrió el garaje —insistió Brian—. Luego, volvió hacia la casa para asegurarse que nadie había oído nada. Y antes que pudiera volver atrás yo le sorprendí.

—Muy bien razonado... excepto en un detalle.

—¿Cuál?

—Usted olvida, o ignora, que las dos cerraduras del garaje no fueron violentadas. Quien fuera que las abrió lo hizo con las llaves.

—Ajá, ahí es donde me ha pillado —reconoció Brian a regañadientes.

—Si el tipo hubiera tenido las llaves, las habría dejado en las cerraduras, o, instintivamente, las hubiera devuelto a sus bolsillos, de modo que ahora estarían junto a estas otras. No, Conway; su amigo no abrió las puertas.

—Entonces, es incomprensible. Se cierran todas las noches.

—Y estas también fueron cerradas por el chófer... según él. Pero pudo olvidarse. Un descuido lo tiene cualquiera, solo que ahora lo negará hasta el final para evitarse un disgusto con los Garland.

—Tal vez.

—Estamos encallados, amigo. Quizá el tipo se dispusiera a sabotear los coches o quizá no. Temo que eso no lo sabremos hasta que consigamos echarle el guante al asesino.

—Si lo logran.

—Eso, si lo conseguimos.

El teniente recogió los objetos de la mesa y se encaminó a la puerta, diciendo:

—Por mí, no hay inconveniente en que siga usted siendo Brian Mason... mientras no me convenza de que no merece mi confianza. Tenga mucho cuidado, Conway.

—Lo tendré.

Quedó solo. Encendió un cigarrillo, llenó un vaso de *whisky* hasta la mitad y lo vació de un trago.

Acababa de pasar un rato endiablado.

CAPÍTULO V

Dos días después, el comisario apareció de nuevo por Green Paradisse, cuando la familia Garland estaba en la población.

Desde el embarcadero, Brian vio el coche allá arriba y se enderezó.

Junto a él, Colton, el segundo tripulante del yate, rezongó:

—Los polizontes otra vez, Brian... Apuesto a que no han adelantado un paso.

—Dales tiempo —rió el marino—. A veces parecen tontos, pero en la mayoría de los casos es una impresión errónea. Dile a Archer que termine pronto con las máquinas. Quiero que dé un último repaso al timón, por si zarpamos mañana.

—De acuerdo.

Salió al encuentro del teniente, que descendía por el prado.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Drake dijo:

—Hemos identificado a su amigo, Mason.

Este sonrió al oír que el policía le llamaba por su nombre falso.

—¿De veras?

—Dixon Allred. ¿Oyó ese nombre alguna vez?

—Nunca, estoy seguro.

—Allred tenía un historial más largo que mi brazo. Exactamente, procesado siete veces, condenado tres y puesto en libertad hace exactamente veintidós días.

—Su libertad le duró muy poco.

—Eso pensé yo.

—¿Cuál era su especialidad?

—Fue sentenciado por asalto. Era reincidente y le endosaron cinco años. Pero hubo sospechas de que intervino por lo menos en dos asesinatos, aunque eso jamás se probó.

—Ya veo...

—¿Está seguro que nunca oyó su nombre?

—Nunca olvido los nombres, y estoy seguro de que ese jamás lo oí.

—Está bien, no se sulfure. Quería descartar la posibilidad de que el tipo hubiera ido tras usted. Aunque ya tenía mis dudas... porque usted, actualmente, no está en condiciones de pagar cinco mil dólares a nadie.

—¿Cinco mil dólares?

—¿O quizá alguien los pagaría para quitarle a usted de en medio?

—Nadie daría tanto dinero por mi pellejo.

—Bueno, nuestro amigo Allred había ingresado esa cantidad en sus dos cuentas de ahorros. Nadie ha podido explicar de dónde salió tanto dinero.

—El precio de un crimen quizá.

—Puede ser. Pero resulta sorprendente que si eso es cierto, el que pagó se arriesgase a estar tan cerca de él como para dispararle cuando usted le cazó.

Brian cabeceó, asintiendo.

—¿Qué más ha averiguado usted?

—Poco más... solo el comercio donde adquirió las limas y la sierra. Las compró el mismo día de su muerte.

—Lo que prueba que llevaba un propósito definido cuando vino aquí... un propósito para el cual necesitaba esas herramientas.

—Los coches.

—Cierto. Serrar la barra de la dirección, dejando tan solo una delgada lámina intacta es fácil. Luego, cuando se exige un esfuerzo violento a la dirección, esta se rompe y el coche se estrella.

—Cuanto más lo pienso... —Drake sacudió la cabeza—. Hay un trozo de camino condenadamente escarpado al salir de Green Paradise, el trecho que bordea el acantilado. Si un coche pierde la dirección en esa sucesión de curvas, no hay fuerza humana capaz de evitar que salte al precipicio y se hunda en el mar.

—Ni más ni menos.

—Hábleme de los coches, Mason. Quería tener una entrevista con su patrón y con el chófer, pero ahora resulta que están todos fuera. ¿Quién suele utilizarlos más a menudo?

—Sin duda el señor Garland. El suyo es el «Cadillac». Cuando la señora no sale, es el chófer quien lo conduce, pero si ella tiene intención de ir a la ciudad, el chófer se queda y entonces conduce el propio señor Garland.

—¿Qué coche utiliza la señora Garland preferentemente?

—El «Buick».

—Yo vi un «Mercury» en el garaje también. Y un «Lincoln» en la plazoleta...

—El «Mercury» tan solo lo utiliza el chófer cuando, dos veces a la semana, sale con la cocinera y una sirvienta para las compras. O en su día libre. En cuanto al «Lincoln» convertible es el de Mervin Garland.

—Ya veo... Me pregunto cómo hay gente con tanto dinero, Mason... Dejémoslo —rio—. Sin el dinero que esa gente paga de impuestos nosotros, los pobres polizones, nos quedaríamos sin sueldo.

—Supongo que en cuanto al tipo del cuchillo no han averiguado ustedes nada aún.

—En absoluto. Es como si no hubiera existido.

—Yo tengo pruebas de que existió —dijo Brian entre dientes, ceñudo—. La cicatriz me duele cada vez que hago un movimiento brusco.

—Lo creo. Bien, volveré en otra ocasión para hablar con el señor

Garland. Entretanto, mantenga usted los ojos abiertos, Mason.

Este cabeceó, asintiendo. Estuvo viendo alejarse al policía y al fin dio media vuelta y regresó al embarcadero.

Terminaron el trabajo a media tarde. Los dos tripulantes se quedaron a bordo del yate, pero Brian fue al pabellón, se dio una ducha y después de cambiarse de ropa subió a la casa.

Allí supo que nadie había regresado aún. Comió unos emparedados sin apetito, titubeando. Al fin, se dirigió al garaje, sacó el «Mercury» y lo condujo despacio hacia la salida.

Por el amplio paseo realizó algunas maniobras bruscas, girando el volante con violencia de modo que el coche diera unos alarmantes bandazos.

No sucedió nada. Llegó hasta la verja y oprimió el mando del mecanismo electrónico instalado en todos los coches mediante el cual se abrían las puertas de hierro.

Salió, frenó para tener tiempo de ver por el retrovisor cómo la verja volvía a cerrarse automáticamente... y entonces vio a la muchacha.

Fue una visión breve y fugaz. Su vestido de tono claro destacó un instante contra el verde de los setos y luego desapareció.

Brian paró el coche y saltó al suelo. En dos zancadas estuvo junto a los setos recortados. Ella hizo un intento de escapar, pero la manaza del hombre la atrapó sujetándola como una garra y ya no tuvo la menor oportunidad.

—Quieta, gatita —exclamó el marino—. No nos gusta la gente que anda jugando al escondite por estos alrededores.

—¡Suélteme!

—Desde luego, pero cuando hayamos salido de aquí. Venga conmigo.

La sacó de su escondite, soltó su presa y la examinó de arriba abajo.

Silbó por lo bajo. Era una mujer de unos veinticinco años a lo sumo, alta, con piernas largas y deliciosamente moldeadas que la breve falda mostraba casi en toda su extensión. Tenía una cintura que hubiera podido abarcarse con las dos manos, caderas firmes y un rostro descarado y hermoso en el que chispeaban unos ojos azules, llenos de temor.

—Y bien, nena, ¿cuál es la historia?

—¿La... la historia?

—¿Por qué se escondía?

—Me asusté cuando le vi.

—¿Cuándo me vio a mí?

—Sí.

—¡Cuernos! Ya sé que no soy una belleza, pero tampoco he roto ningún espejo cuando me miro en él al afeitarme. Cambie de disco, ¿quiere?

—¡Le digo que es cierto! Estaba dando un paseo, cuando de pronto esas puertas se han abierto solas y ha aparecido usted.

—Es terca, ¿eh? Bueno, suba al coche.

—¿Para qué?

—¿Usted qué cree? No dejaré que regrese sola a la ciudad, preciosa. Es una caminata muy larga.

A regañadientes, ella obedeció. Brian arrancó y condujo por la pendiente.

—Ahora, nena, empiece a hablar y no pare hasta el final. Pero quiero la verdad o la pondré en manos de la policía. Ya hemos tenido demasiados disgustos últimamente.

Ella dio un respingo.

—¡No puede entregarme a la policía solo porque me encontré paseando cerca de esa casa!

—¡Ya lo creo que puedo hacerlo! Y es lo que haré a menos que me dé una explicación condenadamente buena de su conducta.

Ella suspiró, recostándose en el asiento. Sin mirarle, preguntó:

—¿Quién es usted? Porque esa es la casa de un hombre llamado Garland, ¿no es así?

—Ajá.

—¿Y usted...?

—Trabajo allí.

—¿Qué clase de trabajo?

—Está tratando de dar la vuelta a la situación. Yo soy quien hace las preguntas.

—Solo hablaré con Garland... y en privado.

—Recuerde que vamos camino del despacho del comisario.

El coche se deslizaba por una sucesión de cerrados virajes. La estrecha carretera estaba cortada en el acantilado y a enorme profundidad las olas se estrellaban contra la pared de roca lanzando nubes de espuma.

Brian se estremeció solo con imaginar lo que le sucedería a un coche que de pronto se quedase allí sin dirección... o sin frenos.

La muchacha exclamó de pronto:

—¡Pare el coche!

—¿Por qué?

—¡No quiero seguir con usted! No tiene ningún derecho a retenerme contra mi voluntad.

—Presente una denuncia por rapto, si eso la hace feliz. Pero deberá presentarla al comisario cuando lleguemos.

—¡Maldito sea! Le repito que deseo hablar con Garland. Si usted trabaja para él...

—Hable conmigo. Yo soy su mano derecha.

—¿Su mano...? No se burle de mí.

—Hable, hermana, y quizá decida darle una oportunidad.

Ella lo pensó detenidamente. Barbotó algo entre dientes que él no pudo entender y al fin se rindió.

—Usted gana —dijo, con los dientes apretados—. Pero si después no me deja hablar con su jefe le pesará.

—Ya estoy temblando. Adelante, primor.

—Bueno, quizá al final no tenga usted ganas de reír. Me llamo Maurine. Quiero que ese Garland me dé algún dinero...

—Eso empieza a tener forma. ¿Cuánto dinero?

—Diez mil dólares.

El coche dio un bandazo cuando él se sobresaltó.

Dejó atrás el trecho de acantilado, acercó el «Mercury» al borde de la carretera, lo detuvo y se volvió hacia la muchacha.

—Siga, nena, y no deje de hablar hasta que me lo haya contado todo.

Vencida, ella empezó su historia.

CAPÍTULO VI

—Creo que a su jefe le interesará saber que yo conocía al hombre que mataron la otra noche en el jardín de su casa.

El gruñó:

—Eso también le gustará saberlo a la policía.

—¡No vuelva a nombrar a la policía o me pondré a chillar!

—Bueno, bueno, continúa, Maurine.

Ella le miró con ojos chispeantes.

Cuando habló de nuevo, su voz temblaba:

—Él era amigo de mi padre... Mi padre está en la cárcel, ¿comprendes? Seis años, y todavía le faltan tres.

—No entiendo una maldita palabra. ¿Cómo se llamaba ese fulano?

—Allred, Dixon Allred.

El asintió, seguro ahora de que cualquier cosa que ella le dijera tenía todas las trazas de ser verdad, porque ese era el nombre que dijera el comisario.

—Allred conoció a mi padre en la prisión. Se hicieron amigos. Cuando salió, hace tres semanas, vino a verme con una carta de mi padre. Me pedía que le dejara vivir en nuestra casa unos días, hasta que pudiera encontrar algo que le conviniera.

—¿Y tú, accediste sabiendo la clase de individuo que podía ser?

—Naturalmente. Mi padre me lo pedía, ¿no? Además, en mi ambiente esa clase de compañías es lo único que una puede esperar, así que le dejé quedarse. Era un hombre ceñudo, silencioso, que apenas hablaba. Solo miraba. Solo me miraba quiero decir.

—Ya veo.

—Él pensó que si convivía más tiempo conmigo yo cedería. Puse las cosas en su sitio desde un principio y cuando comprendió que no tenía ninguna posibilidad decidió buscarse un alojamiento. Pero antes de que lo encontrara recibió la carta.

—¿Qué carta?

—Un sobre conteniendo cinco mil dólares y una hoja de papel. Alguien la colocó en mi buzón, puesto que no llevaba señas ni sello. Solo el nombre de Allred.

—Lo que demuestra que quien fuera que la mandó conocía muy bien el alojamiento de tu amigo, pero sigue. ¿Qué decía la hoja de papel?

—Solo le ordenaba venir a Daytona Beach y esperar aquí instrucciones. Le darían nuevas instrucciones y cuando hubiese realizado el trabajo le pagarían cinco mil dólares más.

—¿Qué clase de trabajo era ese?

—Eso no lo supo hasta que ya estuvimos aquí. Me vine con él... porque quería conocer la costa, saber cómo vive la gente que dispone de dinero, que no necesita humillarse para vivir, gente que no se ve obligada a ocultar la cara cuando la miran, ver por mis propios ojos a esos hombres y mujeres de que hablan las revistas... mujeres que no sienten asco de sí mismas como yo.

El ladeó la cabeza y la miró a los ojos. Los vio húmedos de lágrimas contenidas y comprendió.

—¿Te das cuenta? —insistió ella—. ¿Comprendes por qué me aferro a esa oportunidad? Ese dinero puede sacarme de la vida que he llevado hasta ahora.

—El dinero de Garland.

—¿Y qué importa de quién sea? Él tiene a montones. Yo no tengo nada, excepto mi juventud. Y nadie paga mucho por ella.

El gruñó:

—Está bien, nena, sigue con tu historia. Viniste aquí con él. Supongo que tomaste habitación en un hotel...

—Así lo hicimos.

—¿Y recibió las nuevas instrucciones?

—Sí. Se enfureció como un demonio cuando llegó al hotel y vio que yo había abierto la carta.

—¿La leíste?

—Naturalmente que sí.

—Sigue.

—Ese es mi triunfo. Le diré el contenido a tu jefe... a ese maldito Garland podrido de dinero a cambio de diez mil dólares.

—Tú estás loca si crees que una jugada de esta clase va a salirte bien.

—Tengo la carta.

El dio un brinco.

—¿La guardaste?

—Cuando Allred la hubo leído le prendió fuego a la carta y al sobre. Mientras ardían se fue a preparar un *whisky* y aproveché para escamotear la carta. Puse un trozo de papel cualquiera junto al sobre y después desmenucé las cenizas.

—¿Por qué hiciste eso?

—No lo sé... en aquellos momentos solo sabía que aquella carta podía representar mucho dinero. Decidí guardarla y reflexionar sobre el asunto. Después, leí que Allred había sido asesinado y decidí entrevistarme con Garland cuanto antes, obtener el dinero y desaparecer.

—Debes estar loca —repitió él, ceñudo.

—Sé reconocer una oportunidad como esa cuando la tengo ante las

narices.

—Podría obligarte a soltar esa carta, nena. ¿Has pensado en eso? O la policía podría hacerlo...

—¿Crees que la llevo encima? La oculté muy bien. Nadie la encontrará, a menos que tu jefe pague. Ese es el trato.

El estuvo en silencio más de un minuto. Luego indagó:

—Dime solamente una cosa, Maurine. ¿Le ordenaban matar a alguien en esa carta?

—Ya no diré nada más. Ni que me golpees, gigantón. Ahora que te lo he contado ya no tengo miedo. Me doy cuenta de que todo está a mi favor.

—Hablaré con Garland —concedió él con evidente disgusto—. Le diré tus pretensiones y que él decida. Pero si yo estuviera en tu lugar soltaría este asunto como un hierro al rojo.

—Quiero ese dinero —dijo ella tercamente—. Ya no tendré que soportar a esos sucios individuos de manos como tentáculos de un pulpo... Viviré, simplemente, eso es todo.

—Aún no comprendo cómo no te entrego a la policía ahora mismo.

—Porque te das cuenta que esa carta es importante, y que solo la obtendrás si tu jefe me paga diez mil dólares.

—Bien, ¿adónde te llevo?

—A la ciudad. Dame tu número de teléfono y te llamaré para fijar una cita. Tú me traerás el dinero y yo te entregaré la carta. Está quemada por una esquina, pero puede leerse toda ella.

—Está bien, has ganado, nena, pero la última decisión dependerá de mi patrón.

Puso en marcha el motor y condujo directamente hacia el centro de Daytona Beach. Cuando llegaron el crepúsculo se cernía sobre el mar.

Brian le preguntó:

—¿En qué hotel te alojas?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Voy a llevarte a él, eso es todo.

—Y de paso intentarás arrebatarle la carta, ¿no es eso lo que estás pensando?

—Desde luego que no.

—De todos modos no la tengo en el hotel. Está en un lugar más seguro... mucho más seguro.

—Eso es cuenta tuya.

—Lléveme al Beach Plaza.

A pesar de su nombre, el hotel era poco más que un fonducho de tercera categoría. Brian detuvo el «Mercury» en la acera y ella se apeó.

Sonreía, y por una vez su mirada era limpia y alegre.

—No pensé que la cosa terminara así cuando me cazaste —murmuró—. Gracias por el paseo, gigantón.

—Cuídate. Esa carta, en tus manos, puede ser igual que una carga de dinamita.

—¿Pretendes asustarme?

—Si tuvieras un adarme de sentido común, estarías asustada. Pero pretender eso de una mujer es perder el tiempo.

Embragó y salió zumbando.

Ella estuvo en la acera hasta perder de vista el coche. Después, satisfecha, contoneándose, entró en el hotel y subió a la habitación.

CAPÍTULO VII

Cuchillero Canby soltó un gruñido después de leer la breve nota.

Con ese escollo no había contado. Su trabajo exigía mayor seriedad. Aunque, después de todo, también se trataba de una mujer.

Quemó el papel tal como se le ordenaba en la misma carta, tomó el cuchillo, inmaculadamente limpio y brillante, y acarició los aguzados filos.

Tenía aún el rostro hinchado y los labios amoratados y tumefactos. Dos o tres dientes se le habían aflojado a causa del tremendo golpe y ahora le molestaban tanto al comer como al hablar, produciéndole un dolor sordo que era como un recordatorio de lo sucedido, un acicate para su odio contra el mundo...

Salió del hotel y anduvo dando un rodeo hasta el paseo que discurría junto a la playa. La noche avanzaba rápidamente y en el cielo, pálidas y lejanas, titilaban las estrellas.

No obstante aún había gente en la arena, y algunos zambulléndose entre gritos, chillidos y risas.

Cutler Canby vio nuevamente cuerpos casi desnudos, esculturales, tensos, llenos de vida y de sangre. Apretó el paso trazando imágenes delirantes en su mente, imágenes de pesadilla en las que había como un anticipo del arrebato que sabía iba a experimentar, cuando llegara el momento cumbre, cuando aquellas fuerzas colosales que se agitaban en sus entrañas le guiasen implacables a la consumación del sangriento sacrificio, saciando sus ansias homicidas que comenzaban a despertar al fin, terribles, estremecedoras, incontrolables ya...

Era noche cerrada cuando se detuvo frente al Beach Plaza. Dio un vistazo a la poco concurrida calle y después examinó el mugriento vestíbulo del establecimiento.

Estaba desierto.

Detrás del mostrador que había a un lado, se mecía suavemente una cortina que tapaba una puerta. El empleado debía entretener el aburrimiento viendo un programa de televisión.

Entró. Empezó a subir las escaleras pisando como un gato, examinando las numeraciones indicadoras de las habitaciones que había en cada rellano.

Cuando llegó al tercer piso se detuvo. Recorrió el estrecho pasillo hasta el final. La puerta que buscaba estaba allí.

Cutler Canby acarició la empuñadura del cuchillo. Empezó a respirar agitadamente mientras un leve, pero creciente temblor, comenzaba a sacudirle todo el cuerpo.

Se dominó a duras penas y llamó a la puerta con los nudillos.

★ ★ ★

Robert Garland le miró, estupefacto.

—¿Cree usted esa historia, Mason? —barbotó.

Estaban en la biblioteca de la gran residencia. La puerta estaba cerrada y un leve soplo de aire agitaba la cortina frente a la ventana.

—Me inclino a creerla, señor —dijo Brian—. Esa mujer posee la carta sin ninguna duda. O por lo menos la leyó. De cualquier modo, sería una gran cosa saber qué es lo que le ordenaron a Allred. Quizá aclarásemos parte de ese embrollo.

—Eso mismo podría averiguarlo la policía si sometían a esa mujerzuela al tratamiento que se merece.

—No creo que hablase, señor. Ella ve la oportunidad de su vida, si puede echar mano a diez mil dólares. Ya le he dicho la clase de mujer que yo creo que es y la clase de vida que ha llevado. Además, tiene a su padre en la cárcel y aún tardará tres años en salir, de modo que, a menos que un golpe de suerte como este la libere, no le queda ni una esperanza.

El millonario asintió.

—Por supuesto —dijo—, nos arriesgamos a que todo sea un engaño... que esa carta no revele nada, y nos quedemos igual que antes, pero con diez mil dólares menos.

—Es su dinero el que arriesga, señor. Por lo tanto, le toca decidir a usted.

—Ya he decidido, Mason. Le llevará usted el dinero y traerá la carta.

—¿Cuándo, señor Garland?

—Esta misma noche.

El asintió.

—Perfectamente. Llámeme cuando tenga el dinero listo.

Abandonó la biblioteca, dejando al millonario ceñudo, indignado por lo que consideraba una intolerable extorsión.

Brian cerró la puerta suavemente. Cuando se volvió casi tropezó con Patricia Faxon.

—Hola, Brian.

—¿Estaba espiándome, señorita Faxon?

—No empiece otra vez, búho. Me llaman Pat.

—¿Quiénes?

—Todos mis amigos.

—¿Y yo soy uno de sus muchos amigos?

—Usted es un maldito búho que solo gruñe continuamente. ¿Qué tiene contra mí, hombre?

—Nada en absoluto, palabra de honor.

—Entonces, muéstrese un poco humano y lléveme con usted a dar un paseo esta noche. ¿Se ha dado cuenta de lo cálida que es, del aroma a sal que trae el aire y de cómo brillan las estrellas?

—Usted ha leído demasiadas historias románticas, Pat.

Ella suspiró con resignación.

—Por lo menos, ya me llama Pat. He ganado la primera baza.

—Pero en cuanto al resto, no hay juego. Tengo un trabajo por hacer esta noche.

—No mienta, búho. He hablado antes con los dos marineros del yate. Todo está a punto para zarpar mañana. Ellos mismos están tumbados en cubierta fumando cigarrillos, bebiendo *whisky* y hablando de todas las mujeres que tienen en los puertos...

—Esos dos no han navegado nunca más allá de los cayos —rio Brian con sorna—. ¿De qué puertos, y de qué mujeres están hablando?

—Bueno, sea lo que fuere, ellos aseguran que todo está listo.

—Lo que me espera esta noche no es nada relacionado con las embarcaciones, pequeña espía.

—Entonces, ¿de qué se trata, una cita con una mujer?

El asintió en silencio, sonriendo.

—Ya veo —refunfuñó Pat—. Quiere reírse de mí. Si fuera cierto que está esperándolo una mujer no me lo diría.

—Es la ventaja de decir la verdad de vez en cuando. No le creen a uno... Nos veremos mañana, en el yate, de todos modos.

Trató de alejarse. Ella colocó su mano cálida sobre su musculoso brazo desnudo y musitó:

—Brian, ya basta de burlarse de mí.

Él se volvió. En la semipenumbra del gran vestíbulo sus ojos como trozos de acero se clavaron en el rostro deliciosamente bello de la joven.

—No me burlo de usted. Jamás lo haría, Pat.

—Entonces, ¿es cierto que va al encuentro de una mujer?

—Sí.

—Comprendo.

—Solo que no es lo que usted imagina.

—¿Qué otra razón puede haber para que vaya usted a reunirse con ella?

—Eso es algo que no estoy en condiciones de decirle.

—Si no se trata de una cita amorosa, le acompañaré. Quiero recorrer la ciudad, de noche.

Él estaba sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Notaba el contacto cálido y suave de la mano de Pat en su brazo, podía aspirar el turbador aroma que se desprendía de su sugestivo cuerpo y comenzaba a sentir que aquella muchacha podría llegar a introducirse en su vida con la fuerza de un ciclón.

Y eso era algo que un hombre como él no podía permitirse.

No obstante se sorprendió a sí mismo murmurando:

—Nada me complacería tanto, Pat, pero es imposible.

—Iré con usted y...

—No.

Ella sonrió.

—¿Sabe que siempre consigo lo que me propongo?

—No me cabe duda... excepto lo que está proponiéndose esta noche.

—Aún no he renunciado.

Él tomó su mano y la apartó suavemente del brazo.

—Nos veremos mañana, en el yate.

Dio media vuelta y se alejó.

La agitación que sentía le inquietó hasta llegar al pabellón.

Desde la terraza vio la luz en la cubierta del yate, y las siluetas de Archer y Colton. Estaban jugando a cartas y hasta él llegaron sus voces, apagadas por la distancia.

Entró en el cuarto para cambiar de ropas. Cuando estuvo vestido de nuevo sacó un llavero, eligió una pequeña llavecita y abrió un cajón.

Había infinidad de papeles en él, junto con algunos viejos libros de bitácora. Los revolvió hasta que sus dedos encontraron el frío acero de un revólver.

Lo sacó, haciendo rodar el barrilete. Era un compacto revólver español «Ruby» de un calibre equivalente al 38.

Comprobó su funcionamiento y luego buscó una caja de cartuchos entre el revoltijo de papeles. Cuando la encontró procedió a cargar las recámaras, lo cerró y por unos instantes lo mantuvo en su mano, balanceándolo con suavidad, acostumbrando la muñeca a su peso, equilibrándolo.

Cuando, instantes después, oyó el roce a sus espaldas, se volvió con la felina agilidad de una pantera y el revólver miró fijamente la hermosa silueta enmarcada por la puerta abierta.

Pat contuvo un grito al ver el arma apuntándola. Luego, jadeando, se apoyó contra el quicio del portal y musitó:

—¡Dios, qué susto me ha dado...!

El apartó el arma y tras unos instantes de indecisión la introdujo en su cinto.

—Se lo ganó a pulso, Pat. ¿Qué demonios hace aquí?

—Le dije que iría con usted. Ahora... empiezo a cambiar de opinión. Un hombre no se lleva un revólver para hacer el amor con una mujer.

—A menos que el hombre espere tropezar con un marido celoso.

—¿Es ese su caso?

—No.

—Entonces... es que va a correr algún riesgo.

—Escuche, Pat, y métase eso en la cabeza. Hay cierta clase de juegos que una chica como usted no debe jugar. ¿Comprende?

—En parte solamente.

El soltó un gruñido. Con dos pasos estuvo junto a ella.

—Le daré otro consejo —dijo, dominándose—. Y no le cobraré nada por eso. Nunca acorrale a un hombre como yo. A veces puede estallar.

—¿De qué modo?

—¡Así, condenación!

Bruscamente, la encerró entre sus duros brazos. Casi la levantó en vilo, y cuando abrió la boca para quejarse sus labios fueron aplastados bajo un beso voraz, interminable, que le arrebató hasta el último aliento.

Después, como si flotara, se sintió bajar otra vez al suelo y pudo respirar libremente, con una sensación vertiginosa zumbando en sus sienes y notando cómo las manos que la habían apresado la liberaban, mientras sus sensaciones eran aún agitadas por la extraña tormenta que aquel beso había levantado.

Pensó que sus labios ardían. Suspiró y se volvió tratando de sonreír y él ya no estaba allí.

Salió a la terraza.

Brian Mason había desaparecido.

CAPÍTULO VIII

El aburrido recepcionista ni siquiera pestañeó. Dejó resbalar su mirada por la impresionante apariencia del visitante y gruñó:

—Esa señorita ocupa la habitación ciento seis. Tercer piso.

—Pero, ¿este cuchitril tiene más de cien habitaciones? —rezongó Brian.

—¿Cien? Bueno... La numeración comienza precisamente en el ciento uno. Eso hace que nos sintamos más importantes.

—¡No me diga!

Se encaminó a las escaleras y subió al tercer piso.

La puerta del ciento seis estaba abierta de par en par.

Se detuvo y llamó con los nudillos. El interior estaba a oscuras, pero al fondo había una puerta por debajo de la cual se filtraba una línea de luz.

Entró al no obtener respuesta. Tanteó la pared hasta encender la lámpara que colgaba del techo y fue a llamar a la otra puerta.

—Maurine, ¿estás ahí?

Tampoco hubo respuesta. Dio vuelta al tirador y abrió la puerta.

Correspondía al cuarto de baño.

Lo que vio en él hizo que su estómago saltara hasta la garganta y que sus piernas se aflojaran de manera alarmante.

Retrocedió a trompicones, igual que ebrio. Un sordo gruñido escapaba de sus prietos labios, incontenible, semejante al quejido de una bestia herida que viera llegar la muerte poco a poco.

Solo que la muerte ya había llegado y se había marchado poco antes a juzgar por lo que viera...

Le costó un horrible esfuerzo dominarse y volver a pensar con claridad. Entonces descolgó el teléfono protegiendo la mano con un pañuelo y cuando le respondieron de la centralita del hotel exclamó:

—¡Llamen a la policía! Han matado a una mujer en la habitación ciento seis...

Colgó sin esperar respuesta. Cuando se sentó en el borde del lecho una oleada de cólera le invadió.

Un minuto después, un empleado asomó la cabeza por la puerta y él rugió una orden mandándolo otra vez abajo.

Pensó en la pobre Maurice y en lo que le dijera. En sus ilusiones que se cifraban únicamente en el dinero que pudiera obtener... el dinero que ahora estaba en su bolsillo, inútil ya para hacer la vida más limpia a aquella mujer...

Al llegar el comisario le encontró allí, abatido, pálido y con una

expresión feroz en su rostro que parecía tallado en un pedazo de granito.

—¿Qué es todo eso de una mujer...? ¡Infiernos, usted!

—Vaya allá y véala. Pero antes asegúrese de que tiene el estómago en su lugar y bien firme.

—¿Tan mala es la cosa?

—Peor.

Drake hizo una seña a los dos hombres que le acompañaban y se encaminó al cuarto de baño.

No se molestó en seguirle con la mirada. Oyó el quejido del policía, su voz ahogada. Vio pasar a los dos agentes como flechas en ayuda de su superior y entonces fueron sus voces las que lanzaron una especie de lamento agónico.

Alguien sufrió una violenta arcada y unos pies se alejaron trotando.

Esperó, encendiendo un cigarrillo y aspirando el humo, que le supo a estiércol.

Un rato después, el comisario, con el rostro de un color verdoso, se plantó ante él.

—¡Usted, maldito hijo de perra!

—Yo no lo hice, comisario.

—¡Pudo avisarme, decirme lo que había allí dentro!

—Se lo dije.

De pronto, Drake se dejó caer sentado a su lado.

—¡Horrible! —se quejó.

Sacó un cigarro de uno de sus bolsillos, le arrancó la punta de un mordisco y lo encajó entre sus dientes. Cuando lo hubo encendido gruñó:

—Nunca había visto nada igual... algo tan nauseabundo, tan salvajemente siniestro y sangriento. ¿Qué clase de engendro es el que lo ha hecho?

—No me lo pregunte a mí.

—Conway, lo hicieron con un cuchillo.

—Sí.

—Y a usted le atacaron con un cuchillo.

—Sí.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre?

—Lo siento, tengo el cerebro embotado, aturdido. Esa pobre muchacha... No podré olvidarlo jamás, por años que viva.

—Yo tampoco. ¿La conocía usted?

—La conocí esta tarde.

Drake lanzó una larga nube de humo hacia el techo, estremeciéndose a intervalos.

—Tómese tiempo —refunfuñó—. Tranquilícese y luego hableme de su encuentro con esa desgraciada. Y ahora que se me ocurre... eso es

obra de un sádico, de un maníaco sexual probablemente, una bestia del infierno que anda suelta por esas calles...

Se levantó pesadamente, fue al teléfono y sin preocuparse de posibles huellas, porque sabía que no las encontrarían, lo descolgó y habló con alguien de su oficina dando instrucciones.

Luego regresó junto a Brian y este le contó todo lo que sabía de la pobre Maurine.

Perplejo, Drake gruñó:

—De modo que esa chica vino con Dixon Allred.

El marino asintió.

—Es una historia extraña... Pero usted debió contármelo inmediatamente de saberlo, Conway, maldito sea. Hubiera detenido a esa desgraciada y probablemente ahora aún estaría viva.

—Quizá sí, pero ella era tenaz, estoy segura que no hubiera usted podido arrancarle la carta. Pensé que pagándole era el medio más fácil y rápido de obtenerla. Después se la hubiera entregado a usted.

—Después de llevársela a Garland, quiere decir.

—Sí.

—Claro, claro... ¿No le insinuó siquiera el contenido del mensaje?

—Ni una palabra al respecto.

Drake sacudió la cabeza.

—No tiene sentido. Este es el crimen de un loco, de un sucio maníaco que se encaprichó de la chica, la siguió y cuando tuvo ocasión hizo su espeluznante trabajo. El hecho de que ella estuviera envuelta en esa jugada de la carta y de los diez mil dólares es simple coincidencia.

—¿Está seguro, Drake?

—¿Seguro? Nunca puede uno estar seguro de nada en este condenado trabajo mío. Pero mientras no se demuestre lo contrario, Conway, este es el bárbaro crimen de un loco armado de un cuchillo.

Brian se encogió de hombros.

—De cualquier modo, ahora habrá que buscar esa carta, y no tenemos ni la más remota idea de su escondite, comisario.

—Haré que echen abajo estas paredes, pero encontraré el maldito mensaje así sea lo último que haga.

—Ella me dijo que la ocultó en otro lugar, fuera del hotel.

—Pudo ser un engaño, un cuento para desviar las sospechas. ¿En qué otro sitio pudo ocultarla? No conocía nada de la ciudad, llevaba aquí muy poco tiempo y estaba nerviosa... Apuesto que está oculta aquí.

Brian se levantó pesadamente. La cólera continuaba dominándole, pero ahora ya era capaz de reflexionar nuevamente y se dominó.

—Iré a contarle al señor Garland el poco éxito que he tenido. A él tampoco le gustará.

—Si quiere que le guste menos, tráigalo aquí y haga que vea la sangrienta carnicería que hay ahí dentro —masculló el comisario,

ceñudo.

—Me quedaría sin empleo en el mismo instante.

—Dígale a su jefe que le veré por la mañana.

—No lo encontrará; zarpamos a primera hora, en el yate.

—Lo que faltaba. ¿No podría usted insinuarle que aplazara la partida?

—Vaya y dígaselo usted. Ha decidido esa excursión en honor de su futuro consuegro, el padre de la novia de su hijo. Fueron a esperarlo hoy al aeropuerto y es su invitado. Van a agasajarlo en grande, ¿sabe?

—Bueno, las gentes como Garland tienen ciertas prerrogativas por encima del común de los mortales. Diviértase, Conway.

—¿Conway?

—Mason... estoy hecho trizas, olvídalo.

Brian salió.

Hubiera querido olvidar la espantosa pesadilla que viera en el cuarto de baño, pero no pudo conseguirlo. Era algo que nunca más podría alejar de su mente...

Sería una eterna pesadilla sangrienta como jamás pudo haberla imaginado.

CAPÍTULO IX

El yate se mecía perezosamente sobre las quietas olas. Brian dio un vistazo al cielo sin nubes y apenas sin darse cuenta advirtió el apagado latido de los motores en las entrañas del navío.

Consultó el reloj y miró hacia la casa. Era más tarde de lo que pensó que zarparían. Estaba nervioso e impaciente y ni siquiera los comentarios mordaces de Colton, relativos a los expertos navegantes que serían los invitados lograban arrancarle una sonrisa.

Finalmente entró en el puesto de mando del yate, tomó su gorra azul y se la encasquetó. Llevaba un pantalón blanco impecable y una camisa igualmente blanca de manga corta.

—Voy a ver qué ocurre —dijo al pasar otra vez junto al tripulante—. Está haciéndose muy tarde.

—Aquí está todo listo para zarpar, capitán, ya lo sabe usted.

Subió a través del verde prado. Antes de llegar, vio al grupo en la terraza que se extendía casi por toda la fachada, sobre el porche sostenido por gruesas columnas. Oyó sus voces y comprendió que apenas terminaban de desayunar.

En el vestíbulo tropezó con Patricia que descendía del piso.

Ambos se detuvieron, mirándose fijamente. No habían vuelto a verse desde su tormentoso encuentro en su alojamiento.

—Hola, Pat —dijo él al fin.

—Brian...

—Quisiera presentarte mis disculpas, si es que eso sirve de algo.

—Por favor, los dos tuvimos parte de culpa, ¿no crees?

—Tal vez, pero yo me porté como un salvaje.

—Eso es cierto —rio la muchacha.

—¿Están todos arriba?

—Ahora se disponen a bajar. Excepto Berenice, por supuesto. Está indispuesta y ni siquiera ha querido desayunar con los demás.

—¿Qué es lo que le pasa, han llamado al médico?

—Creo que no. Ella dice que se trata solo de una indisposición pasajera, pero estuvieron a punto de suspender el crucero.

—Eso explica el retraso.

—Sí. Brian, ¿qué pasó anoche?

Él se estremeció.

—Prefiero que lo ignores.

—Estuviste hablando con el señor Garland y después él estuvo todo el tiempo pálido y afectado. ¿Qué le dijiste?

—Mira, Pat, no quieras estropear tu excursión. Lo sabrás a su

tiempo.

Ella miró por encima del hombro, hacia la escalera.

—Aún no bajan... Buenos días, querido —dijo inesperadamente.

Se empinó sobre las puntas de los pies y le besó en la boca.

Él estuvo tentado de estrecharla entre sus brazos, pero se contuvo ante el riesgo de que les descubrieran.

—Este es un juego peligroso, Pat —dijo con voz ronca.

—¿Peligroso para quién?

—Por lo menos para mí.

—¿Tú? Eres el hombre fuerte, ¿no? Se supone que puedes dominar a cualquiera con tu voluntad superior...

—Temo no poder dominarme a mí mismo. Para ti todo este juego puede resultar divertido, pero quizá para mí significa algo más que una simple jugada entre un hombre y una mujer.

—Ahora has dicho algo que yo deseaba oír. Solo por eso...

Volvió a ofrecerle los labios. De nuevo estuvo a punto de desencadenarse una vorágine de ansias incontenibles dentro de él, pero una vez más pudo dominarlas y se echó atrás.

Pat susurró:

—Mejor será que te limpies el carmín de la boca, querido... antes que bajen los demás.

Él se apresuró a buscar su pañuelo.

Apenas había vuelto a guardarlo cuando en la escalera apareció el grupo de personas.

Garland estaba diciendo:

—Estoy seguro que le encantará navegar por estas aguas, querido Herman.

Herman Gregg era un hombre alto, delgado y apuesto. Rozaría los cincuenta y cinco años, tenía los cabellos de un color rubio oscuro y los ojos intensamente azules y juveniles para su edad.

Su piel era pálida y había infinidad de pequeñas arrugas en torno a los ojos.

—Siempre he sido un marino apasionado... aunque puramente de agua dulce —rio al llegar abajo y añadió—: Los únicos viajes por mar que he realizado fueron durante la guerra... hace tantos años. ¿Le dije ayer que tenía usted la casa más bella de cuantas he visto?

—Lo dijo usted, en efecto.

—Ayer me refería a su estructura exterior. Ahora puedo añadir que el interior es otra maravilla llena de sorpresas. Ha de ser delicioso vivir aquí. Delicioso y sedante.

—Yo no lo cambiaría por ningún otro lugar. Precisamente no hace mucho tiempo alguien hizo insistentes gestiones para comprarme la casa y las tierras. No accedí, por supuesto.

—Alguien de buen gusto, sin duda.

—No sé a ciencia cierta quién fue. Las gestiones las llevó a cabo un agente de bienes raíces desde Miami.

—Así se evitó usted el desagradable deber de negarse personalmente con el interesado...

Entonces, Garland vio a Brian y se apartó de su invitado.

—¿Ha tenido usted alguna noticia, Mason?

—¿Sobre lo de anoche? No, señor.

El millonario suspiró.

—Está bien, no vayamos a estropear el crucero. Ah, Mason; olvidaba decirle que mi esposa no nos acompañará esta vez. Se encuentra levemente indispuesta, de modo que no necesitará alistar su camarote.

—Lo lamento, señor. De todos modos los camarotes están preparados desde ayer.

—Entonces, vamos allá.

Mervin y su hermosa prometida descendieron los últimos, enlazados por la cintura, hablándose en voz baja.

Los dos hombres mayores salieron detrás de Brian, que se alejaba a grandes zancadas por el prado. Pat intentaba seguirle, pero no lo consiguió hasta que echó a correr y le alcanzó cerca del embarcadero.

—Oye, búho, no necesitas huirme de ese modo.

—¿Olvidas que estoy trabajando?

—Quisiera que trabajases un poco para mí, de vez en cuando.

Él la ayudó a encaramarse por la pasarela del yate. Después subieron todos los demás, y para entonces Brian estaba en el puesto de mando y los motores habían aumentado su ritmo.

Colton cuidó de soltar las amarras. El yate se despegó del embarcadero, dirigiéndose majestuosamente hacia la salida de la caleta.

Fuera de ella, el mar se mostraba un tanto movido, haciendo que el balanceo del barco fuera más vivo de lo normal.

Enfiló rumbo al Sur. Bajo la toldilla, Garland y su invitado charlaban animadamente.

La pareja de novios había buscado refugio en la proa, mientras Pat, después de internarse en las entrañas del buque y meter las narices en la sala de máquinas, abrió la puerta del puesto de mando y se coló dentro.

Brian exclamó:

—Alguien debería poner un letrero en la puerta: «No distraer al conductor».

—¿Piensas pasarte todo el viaje agarrado a ese timón?

—No. Archer me sustituirá después que dejemos atrás cabo Kennedy.

—Me gustaría ver despegar un cohete desde el mar...

Pat se encaramó a la butaca que había junto a Brian y miró a través

del cristal curvo hacia proa. Por encima del techo de los camarotes principales podía distinguir las dos cabezas de los enamorados, muy juntas.

—¿Sabes una cosa, búho?

—¿Qué cosa?

—Me gustaría conocer la razón por la cual tú y yo no podemos estar en cualquier parte del yate, haciendo lo mismo que están haciendo esos dos...

El rio entre dientes.

—Puedo darte una razón condenadamente buena, linda.

—Dímela.

—Mervin es hijo de millonario y yo no tengo un centavo, de modo que he de agarrarme a ese timón para ganar algún dinero, en lugar de agarrarme a ti.

—¿Te gustaría?

—¿El qué?

—Agarrarte a mí.

—Seguro.

—¿Y hacerme el amor?

—También.

—Podrías poner un poco más de entusiasmo al decirlo.

—Si lo hiciera perdería el rumbo.

—Dudo que haya nada capaz de hacerte perder el rumbo a ti —
refunfuñó la muchacha.

Las dos cabezas, en la proa, estaban ahora en otra posición.

—Están besándose —murmuró.

—Eres una fisgona. Déjalos en paz.

—¿Dónde está cabo Kennedy?

—Faltan un par de millas. ¿Por qué?

Ella lanzó un suspiro.

—¡Para que abandones ese maldito timón!

Él se echó a reír. De pronto, dijo:

—Creo que ya es hora de que te diga algo, Pat, antes que sea demasiado tarde.

Ella ladeó la cabeza y le miró.

—Bueno, suéltame el sermón. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Tú y yo hemos empezado esto como un juego. ¿Sí?

—Lo reconozco, pero...

—Para ti, posiblemente siga siendo un juego todavía. Tienes muy pocos años y una capacidad asombrosa para darle la vuelta a las situaciones. Pero mi caso es distinto.

—¿Por qué?

—Mira, Pat; yo he vivido mucho, y no siempre de modo edificante. Ya no tengo edad para andar por ahí cazando mariposas detrás de las

faldas de una chica y...

—Yo no llevo faldas. ¿O es que ni siquiera me has mirado?

El lanzó un taco.

Pat llevaba unos *shorts* ajustados como si fueran una segunda piel. Sus muslos dorados por el sol tenían un brillo suave y opaco.

—Sabes lo que quiero decir, nena. Si lo nuestro continúa por mi parte será algo más que un juego... puede significar algo definitivo que después será doloroso abandonar, una desgarradura definitiva. ¿Entiendes ahora?

—¿Y por qué tiene que ser así?

—Bueno, tú tienes detrás una familia con un nombre que suena en el gran mundo, con grandes cuentas corrientes y otras minucias por el estilo. Todo lo que yo tengo detrás es un pasado turbio del que nadie se sentiría muy orgulloso que digamos.

—Cuéntamelo.

—¿Y después?

—¿Cómo voy a saberlo sin escucharte?

—*Okay*, primor, allá va. Empecé apenas con veinte años, navegando en lentos cargueros. Hice algunos cursos hasta alcanzar el grado de segundo oficial de la marina mercante. Entonces, durante una escala, me quedé en Hong-Kong. Hice de todo, desde amañar partidas de naipes para desplumar incautos, hasta ayudar a pasar contrabando. Después, compré mi primer barco.

—¿Un buque?

El rio entre dientes.

—Llamarle buque a, aquel cascarón es un desafío a todas las leyes del mar. Apenas se sostenía a flote, pero con él hice infinidad de viajes a Macao y otros puertos. Creo que, excepto drogas, llevé toda clase de géneros de contrabando, incluyendo armas.

Ella escuchaba con la mirada perdida más allá del cristal. Ahora ya no se veían las cabezas de Mervin y Gertie. Habían desaparecido.

El continuó:

—Hubo dificultades, naturalmente. Encuentros con otras pandillas bien organizadas, auténticas batallas... En aquellos años, estallaba una pelea por menos de un centavo, y de algún modo, en todas me veía envuelto. Los polizontes coloniales ingleses y portugueses llegaron a reservarme una celda de modo permanente. Y compré mi segundo barco.

—¿Otro?

—Ese fue más grande, más sólido y más rápido. El negocio prosperaba. Hice algunos arreglos con acaudalados chinos que financiaban grandes partidas. Duró algunos años y...

—Compraste tu tercer barco.

—Ciertamente. Era casi tan grande como un *Liberty*. Reuní una

buena tripulación, instalé un par de cañones y seis ametralladoras pesadas, todo ello camuflado cuando era necesario, y emprendí el negocio más saneado que entonces existía. Contrabandear con seres humanos.

Ella dio un salto que por poco la llevó fuera de la butaca.

—¿Qué quieres decir, Brian? Suena horrible del modo como lo dices.

—¿Verdad que sí? Era horrible de todos modos. Todo consistía en transportar a fugitivos de la China Roja. Gentes que huían del terror de Mao. Solo que únicamente podían huir los que tenían suficiente dinero para pagarse el pasaje. Los recogíamos en lugares determinados de la costa, cobrábamos y cuando los dejábamos en Macao u Hong-Kong nos olvidábamos de ellos.

—Bien, eso ya no me parece tan malo.

—Era peor, nena. Había muchos que deseaban huir de su país. Pero no tenían dinero. Arriesgaban la vida cuando lo intentaban con sus propios medios... y la perdían ochenta de cada cien.

—¿Y...?

—Tuve un par de tropiezos también. Lanchas patrulleras de China. Hundí una y averié otra, lo que me obligó a mantenerme fuera de circulación durante unos meses. Después reanudé el negocio.

—¿Y cómo terminó, compraste otro barco?

—Ya no. Aquel fue el último. Los ingleses ampliaron sus negocios con China. Aquel inmenso continente es una mina para Inglaterra. Para obtener mayores facilidades del régimen de Mao debieron ofrecerle algunos hechos consumados a su favor. Yo fui uno de esos hechos. Me cazaron, se incautaron del barco, me procesaron y cuando al fin me vi libre estaba arruinado.

—Debió ser un golpe muy duro, Brian.

—¿Duro? No lo sabes tú bien. Si yo hubiera pasado contrabando de narcóticos procedentes de China los ingleses no me hubieran inquietado siquiera. Después de todo, ese es el mayor negocio de exportación del régimen de Mao. Pero ayudar a escapar a los chinos que ansiaban ser libres era un crimen más grave, así que me aplastaron. Podían hacerlo. Y lo hicieron.

—Y regresaste.

—Volví a mi país... para sentirme un extraño en él después de tantos años. Vagué durante un tiempo, hasta que encontré este empleo. El señor Garland no hizo preguntas, no averiguó nada, excepto mis dotes de buen marino.

—Comprendo...

—Eso es lo que quería decirte. Tú perteneces a un mundo y yo a otro.

—No, Brian. Desde anoche, cuando creí que ibas a partirme por la

mitad entre tus brazos de oso, mi mundo es tu mundo. ¿Está bien así?

—Estaría bien si fuera cierto.

—Lo es. Te lo demostraré tan pronto puedas olvidar que eres el capitán de este chisme flotante.

—No es fácil olvidar un chisme que cuesta medio millón de dólares... ¡Mira, ahí está!

—¿Qué?

—Cabo Kennedy.

Más allá de la cabina Brian vio cómo Garland se levantaba yendo a acodarse en la borda. Su invitado, el señor Gregg, le siguió.

Mason observó que el hombre se movía sobre la oscilante cubierta con absoluta seguridad, como si sus piernas fueran muelles que se distendieran para guardar un perfecto equilibrio sobre el mar picado.

Los dos hombres discutieron algo referente a la cercana base de lanzamiento de cohetes. Desde su posición podían distinguir un gigantesco armazón de acero elevándose contra el fondo. Era la torre a la que estaba adosado un poderoso cohete que despegaría apenas dentro de un mes.

Mientras duró la visión, Pat permaneció absorta, sin hablar.

Después, se abrió la puerta y Archer apareció.

—Listo, patrón. Todo marcha perfectamente allá abajo. Ahora puedo controlarlo desde aquí.

Brian le cedió el puesto. Él y Pat abandonaron la cabina de mandos ante la irónica mirada del marinero.

Sin hablar, descendieron una empinada escalerilla. El abrió una puerta, mostrando el interior de una lujosa cabina.

—Entra. Quiero que me demuestres que es cierta la unión de nuestros dos mundos.

Pat le echó los brazos al cuello y estampó su boca contra sus labios.

El cerró la puerta con un puntapié, dejándola a ella que lo demostrara palpablemente.

CAPÍTULO X

Había cerrado la noche.

El yate navegaba despacio bordeando los famosos cayos rumbo al Sur para internarse en el golfo de México.

Reunidos en el salón después de la frugal cena, Garland y sus invitados departían amablemente para matar las últimas horas de la jornada.

Brian se levantó esquivando los ardientes ojos de Pat.

Subiré a dar un vistazo a los controles, señor —dijo.

—Excelente, Mason. Le felicito por el magnífico crucero que nos está proporcionando...

Abandonó el salón.

En las escaleras casi tropezó con Archer, que bajaba a saltos, el rostro terriblemente pálido.

—¿Qué infiernos te pasa, viste una sirena o qué?

—¡La radio, patrón!

—¿Qué pasa con la radio?

—Mensaje de tierra... están al habla. Iba en su busca y...

—No entiendo una maldita cosa. ¿Qué mensaje?

—Policía. El comisario Drake desde la jefatura del puerto.

—¿Drake?

Echó a correr escaleras arriba. No se explicaba la tremenda palidez de Archer.

Tomó el auricular y se lo aplicó a la oreja, manipulando en los controles.

—¡Aquí el yate *Moradón*! —dijo secamente—. Habla el capitán Mason. ¿Me oyen? Habla el capitán Mason. ¡Contesten!

Hubo un breve zumbido y después la voz metálica de Drake.

—¿Mason? Confirme la recepción.

—Le oigo perfectamente. ¿Qué diablos sucede?

—Regresen inmediatamente, Mason. ¿Entendió? ¡Inmediatamente!

—¿Por qué? Tenemos planeado navegar un par de días por el golfo de México. ¿Qué es lo que ocurre?

—La señora Garland...

—¿Sí?

—Muerta, Conway.

En su excitación, el policía volvía a nombrarle por su verdadero nombre.

Brian sintió una garra helada deslizarse por su espalda.

—¿Qué dijo? ¡Confirme, Drake!

—La señora Garland ha muerto. ¿Me oye?

—¡Sí, sí! ¿Cómo sucedió?

—De igual modo que su amiga Maurice.

Brian notó que su estómago comenzaba a dar saltos.

Un frío de muerte le invadió de arriba abajo.

—¡Dios! —jadeó—. ¿Quiere decir...?

—El mismo asesino, Conway, esa maldita bestia sanguinaria y su cuchillo... He desencadenado la más grande cacería de toda la historia del Estado, pero hasta ahora sin resultado. ¡Regresen de inmediato! Informe al señor Garland también.

—Conforme, Drake. Allá vamos.

Cortó la comunicación. Se sentía enfermo, con dolor en el pecho, en el corazón y en todo el cuerpo, como si acabara de caer de una gran altura.

Y la cólera, el odio irrefrenable le invadía una vez más empujándole a matar al hombre del cuchillo con sus propias manos.

Aquella mujer había confiado en él. Le había cobijado en su casa cuando era poco menos que un vagabundo, sin preguntas, sin recelos, dándole lo que nunca tuvo...

Y estaba muerta.

Tras él, Archer balbució:

—¿Lo diste, patrón?

—Los motores, Archer. ¡Fuérzalos, por el infierno, así revienten! Quiero que este trasto vuele sobre el mar.

Archer asintió.

—Volará —dijo entre dientes.

Y salió a escape.

El aún permaneció inmóvil, petrificado por la impresión recibida.

«Como su amiga Maurice» —había dicho el comisario por radio.

Como aquel horrible, atroz y nauseabundo espectáculo de insania y maldad.

Y Berenice Garland había sido una escultura viviente, una dama desde los cabellos hasta las puntas de los dedos de los pies.

¿Qué infierno habría vivido antes de que el cuchillo diera su último y mortal tajo?

El yate se estremeció de arriba abajo. Sonaron una serie de crujidos y repentinamente pareció saltar sobre las olas adquiriendo una velocidad como no había llevado nunca.

El estrépito de las máquinas se convirtió en sonoro rugido. Las mamparas vibraron mientras la nave se elevaba de proa a pesar de su tamaño.

Brian se aferró al timón, giró la rueda suavemente iniciando el giro, haciendo escorar el yate de modo alarmante hasta enderezarlo con el rumbo debido.

Estaba aferrado a la rueda, atento a los instrumentos de navegación, cuando la puerta se abrió y Garland entró a trompicones seguido de todos los demás.

—¡Mason! —rugió—. ¿Se ha vuelto usted loco? Detenga inmediatamente esta velocidad suicida... ¿Y por qué ha girado en redondo, exponiéndonos a un naufragio?

Él se volvió poco a poco. Su rostro era una máscara pálida en la que ardían unos ojos tan salvajes como los de un tigre.

—Regresamos, señor.

—¿Qué? Oiga, Mason, algo le ocurre. Llame a Archer y que se haga cargo del timón.

El sacudió la cabeza. Junto a Garland, Pat avanzó a su encuentro.

—Brian —musitó—. Sea lo que fuere, estoy contigo.

Él le apretó la mano. Luego balbució:

—Su esposa, señor...

—¿Qué?

—Ha muerto.

Garland se tambaleó. Los otros quedaron mudos de estupor.

—¿Muerto?

—Acabo de hablar por radio con el comisario Drake.

El millonario parecía aturdido por un mazazo.

De pronto, dio un paso y le sujetó violentamente por la impecable camisa blanca, tratando de zarandearle.

—¡Maldito sea, Mason! ¿Quiere decir...?

—Asesinada, señor.

—¡No!

Mervin sujetó a su padre cuando dio la impresión de que iba a desplomarse.

Brian se volvió. Oprimió un botón y habló por el micrófono interior.

—¿Archer?

—Sí, capitán.

—¡Más rápido!

—¡Los motores van a ponerse al rojo, señor!

—¡Que estallen! —rugió—. ¡Fuérzalos!

Sonó un gruñido. Brian quedó apoyado con los puños sobre el tablero de instrumentos.

El rugido de las máquinas se convirtió casi en un aullido y el yate elevó un poco más la proa, volando materialmente sobre el mar.

Pat susurró:

—Calma, querido...

—No comprendes... nadie comprende, pequeña.

Tras él, Mervin casi chilló:

—¿Qué hemos de comprender, que quiere hundirnos a todos?

Herman Gregg dijo:

—Eso es cierto. La velocidad de este yate no devolverá la vida a nuestra querida señora Garland... por mucho que eso nos duela.

—Tengo miedo —musitó Gertie, aferrada al brazo de su prometido.

Mervin gritó:

—¡Ordene que disminuya la velocidad, Mason! ¿Me oye? ¡Se lo mando!

Su padre irguió la cabeza poco a poco. Estaba tan pálido como un muerto.

—Mason...

—Diga, señor.

El millonario observó sus facciones contraídas por la cólera y el odio, acaso por el dolor.

—Hay algo que usted nos oculta... algo que forzosamente justifica su temerario comportamiento, Mason. Usted no es hombre al que desborden los acontecimientos. ¿Por qué arriesgarnos a todos, y la nave, para llegar quizá una hora antes?

—Más de una hora... el tiempo corre a favor de ese engendro.

—¿De quién?

—¡No lo sé! Del monstruo que...

Calló, pasándose la mano por el rostro.

—Será mejor que sea el comisario quien les cuente los detalles. Pero vamos a llegar mucho antes de lo previsto por nadie, señor. Quiero tenerlo entre mis manos —sus dientes rechinaron con un crujido siniestro, terrible—. Entre mis manos...

Abatió el puño salvajemente contra la mesa. La madera se quebró por la mitad y en aquel instante Colton asomó la cabeza por la puerta.

—¡Se está levantando viento del Sur, capitán! —anunció.

—¿Fuerte?

—Muy duro.

—¡Abajo con Archer, Colton! Mantengan las máquinas a este ritmo.

Colton titubeó.

—Señor, me gustaría saber...

—¿Por qué vamos a esta velocidad?

—Sí, señor.

—Para cazar a un hombre —dijo Brian—. Para matar a un hombre... si puedo encontrarlo.

Colton retrocedió y cerró la puerta. Una violenta ráfaga de aire barrió la nave y esta pareció elevarse sobre las olas.

Herman Gregg exclamó:

—¡Esto es una temeridad! Entiendo algo de navegación, amigo Garland, y...

Mervin gritó:

—¡Ese hombre está loco, papá! Ordénale que...

El ventarrón, caliente como la sangre, aulló entre los aparejos y el yate se encabritó violentamente. El aullido de los motores se hizo más agudo. Todo el buque se estremecía.

Herman Gregg dijo con voz excitada:

—Por lo menos navegamos a treinta y cinco o cuarenta nudos, Garland. Se necesitaría un casco de acero para que resistiera los embates del mar y las sacudidas del viento. ¡Ese hombre nos hundirá a todos!

Pat, pálida, rodeó la cintura del silencioso Brian con su brazo y dijo con voz clara:

—Yo confío en él, señor Garland... Usted debe saber que es un marino tan experto como pocos...

Garland se volvió poco a poco. Sus ojos parecían a punto de saltarle fuera de las órbitas.

—Mason, ¿cree usted que hay una posibilidad de que el barco resista la marcha que llevamos?

—Sinceramente, señor...

—¿Bueno?

—Sí, señor.

Garland cabeceó.

—Entonces, adelante, capitán. El yate es suyo.

Contuvo la humedad de sus ojos, abatió la cabeza y salió.

Brian gruñó:

—Ya lo oyeron. Vayan a sus camarotes y tiéndanse en las literas. Si el viento no amaina se levantará un temporal de todos los demonios. Nadie podrá mantenerse de pie... ni siquiera los marinos expertos, señor Gregg.

Todos se fueron excepto Pat. Él la miró.

—Pequeña mía... ¿Es cierto que no tienes miedo?

—Claro que tengo miedo... ¡Un miedo espantoso! Pero no iba a demostrárselo a esos pusilánimes. Además, yo confío en ti.

El yate pegó un salto y ella cayó sobre él. Brian la abrazó, estrechándola contra su pecho.

—Querida, tú te quedarás junto a mí.

—Sí, búho. Ahora dime por qué te has vuelto loco al saberlo.

—Porque yo apreciaba a la señora Garland, porque ella me otorgó su confianza cuando yo era una basura... porque solo yo en todo el yate sé la manera como la han matado...

Pat chilló, horrorizada. Él le cerró la boca con los labios y después la colocó sobre la butaca.

—Sujétate fuerte, Pat. Esto se pone cada vez más feo.

Sonó un zumbador. El conectó y la voz de Archer inquirió con cierto tono de alarma:

—¿Continuamos a la misma velocidad, capitán?

—¿No puedes aumentarla?

—¡Imposible! —aulló la voz.

—En ese caso, mantendremos la misma hasta nueva orden.

—Está bien... señor. Me pregunto si estará muy fría el agua allá abajo...

Archer cortó la comunicación.

Desde el asiento, Pat no podía apartar la mirada de las poderosas espaldas del hombre que amaba. Sin que pudiera explicarse por qué, sintió de pronto una gran ternura por él, por aquel poderoso gigante que, de repente, se le antojó casi un niño al que un cataclismo hubiera roto su mundo de preciados afectos...

CAPÍTULO XI

Amarrar el yate en medio del temporal resultó una difícil maniobra que hizo sudar sangre a Archer y a Colton. Sobre el aullido del viento retumbaba la voz de Brian cual si quisiera dominar a los elementos.

Después, aseguradas las amarras, descendieron los pasajeros.

Mervin parecía verde y se bamboleaba lastimosamente sobre sus piernas.

Su novia era sostenida por el señor Herman Gregg, el cual por lo menos, aunque pálido, mantenía la vertical con absoluta seguridad.

El último en aparecer fue Garland. Muy pálido, los ojos brillantes y húmedos, estrechó la mano de Brian Mason y musitó:

—Le felicito, capitán. Gracias. Nunca sabré cómo recompensarle su emoción, su dolor por mi esposa... su temerario y tenaz empeño...

—Olvédelo. El comisario está allá abajo, esperando.

—Sí, sí, claro.

Le vio descender la pasarela. Aquel hombre había envejecido de pronto.

Pensó que aún le faltaba lo peor; ver el despedazado cuerpo de su mutilada esposa...

Pat susurró a su lado:

—¿Qué vas a hacer ahora, querido?

—Buscar a esa bestia dañina... esté donde esté.

—Búho... la policía está buscándole. ¿Lo olvidaste?

El sacudió la cabeza. Tenía la camisa empapada de sudor y pegada al cuerpo. Las ráfagas de viento no conseguían siquiera moverla.

—Vete a la casa —dijo—. No te quedes nunca sola, y si el señor Garland se va, vete con él.

—¡Brian!

—Y no me llames así. Ya no hay razón ahora... Mi nombre es Dan Conway.

La besó en los labios y fue al encuentro del comisario.

Garland exigía explicaciones. Minutos más tarde, el comisario señaló la escalera que conducía al pabellón.

—Vamos —dijo—. Quiero hablar con usted. Nunca creí que pudieran llegar tan pronto. Ha amanecido hace apenas una hora.

Subieron a su cuarto.

Al cruzar el umbral, Dan se detuvo como herido por un rayo.

Todo estaba revuelto, lleno de sangre, con salpicaduras hasta en las paredes.

—¡Drake! —rugió—. Usted no me dijo...

—¿Qué fue aquí donde la mataron? No podía hablar mucho por radio. Hemos deducido que la mujer salió al jardín. Estuvo paseando y llegó a las inmediaciones del embarcadero. Entonces vio al criminal, se asustó y trató de refugiarse aquí. Ya no pudo huir.

—Comprendo...

—Cálmese. Hay mil quinientos hombres rastreando todo el condado. Pedí ayuda a la policía del Estado. Le cazaremos, Conway.

—¿Descubrieron algo sobre él?

—Solo que es un tarado mental. Lo que hizo con la señora Garland fue peor que con la otra mujer. Solo una alimaña es capaz de...

—¡Cállese!

—Usted preguntó. Ahora le diré que creemos que el asesino es el mismo tipo que le hirió a usted... Debió volver a merodear por los alrededores, quizá pensando en la muchacha del bikini que vio la primera vez.

—No lo creo. Escuche, Drake... Vino un tipo para sabotear los coches... o el coche de Garland tal vez, el «Cadillac». Sabemos que alguien le hizo venir. ¿No comprende? El mismo desconocido hizo venir a ese sádico maldito. Quiere exterminar a los Garland, estoy seguro.

—No pierda usted la brújula también, Conway.

—Está más claro que la luz...

Un trueno ahogó su voz durante unos instantes. El chispazo azulado de un rayo sobre el mar relampagueó a través de la ventana.

—Le digo que está claro, comisario. Si alguien pagó cinco mil dólares a un delincuente para que saboteara los coches, y estaba dispuesto a pagar cinco mil más...

—¿Por qué, Conway?

—¿Cómo?

—¿Por qué quieren eliminarlos? Ahí está la cosa, muchacho. Si los matan alguien hereda. Quien reciba la fortuna está listo para el verdugo.

—Accidente lo del coche. Si se hubiera despeñado por el acantilado no habrían podido sacarlo del fondo. Y en cuanto a la mujer, hubiera sido el crimen de un maníaco sexual rematadamente loco. Ha habido muchos casos de tarados mentales que han hecho verdaderas carnicerías con sus víctimas.

—¿Y después del matrimonio?

—Quizá tenían algo mejor ideado para el hijo.

—¿Y después del hijo? Esto es una simple cuestión de eliminación, amigo mío. ¿Quién hereda después del hijo?

—No lo sé.

—¿No? Yo sé lo diré: Nadie. Esa es la cuestión.

Perplejo, Dan sacudió la cabeza.

—Alguien trató de comprar esta propiedad, comisario. Alguien desconocido, con terrible insistencia...

—¿Cree que soy idiota? Investigué eso también desde el principio. Nada tampoco. Un agente de Miami realizó los trámites y las ofertas. Ni siquiera llegó a conocer a su cliente. Estuvo solo en contacto telefónico y epistolar con él.

—¿No es un poco irregular ese comportamiento?

—En absoluto.

—Bueno...

—¿Quién nos queda?

—No lo sé.

Se dirigió al cajón cerrado con llave. Lo abrió. Sacó el revólver y comprobó que seguía cargado.

Drake frunció el ceño.

—¡Espere un minuto, Conway...!

—Tengo licencia para armas de este tipo, comisario.

—¡Condenación! ¿Qué se propone?

Él le miró con su rostro como una carátula rebosando cólera.

—Donde encuentre a esa maldita bestia le mataré, Drake.

—Conway, me obligará a perseguirle si lo hace.

—Me persiguieron a través de medio mundo los agentes chinos.

Mordieron el polvo. Aplíquese el cuento.

Se dirigió a la puerta resueltamente. Tras él, Drake dijo:

—Hay algo más que debe usted saber, Conway.

—¿Qué cosa?

—La razón por la cual la señora Garland se quedó en tierra.

Se volvió en redondo.

—Se sintió indispuesta. Ella misma lo dijo.

—Seguro. Y lo estaba. Solo que le administraron un narcótico, una pócima que alteró su sistema nervioso. Eso dijo el forense.

La muerte pareció deslizarse por los nervios y los músculos del marino, poniéndolos tan rígidos como cables de acero.

—¿Está seguro, comisario?

—No hay la menor duda. El médico es categórico. Ese mejunje se lo mezclaron en la comida.

—Entonces...

—Alguien de la casa, sí.

Se tambaleó.

¡Alguien de la casa!

—¡Pat! —dijo, con una voz como un quejido—. ¡Hay que sacarla de aquí!

—Tranquilo. Tengo hombres por todas partes.

—¿Y después de eso, aún sigue empeñado en que se trata de crímenes de un loco que mata al azar?

—Solo insistí para ver su reacción... amigo mío.

—¡Amigo mío! —gruñó—. ¡Al infierno con usted!

Se lanzó escaleras abajo. Voló a través del prado, azotado por el furioso vendaval.

Un policía le gritó algo, pero al reconocerle le dejó pasar.

Empezó a llover otra vez antes que llegara a la casa. Cuando entró en ella estaba empapado.

Los sirvientes, agrupados en la cocina, parecían espectros de sí mismos. Le vieron pasar sin despegar los labios.

Pat estaba en una salita interior. Dio un salto al verle aparecer de aquel modo.

—¡Brian!

—Te dije...

—¡Oh, Dan!

Se echó en sus brazos. Estaban besándose apretadamente cuando, tras clics, Garland carraspeó.

Se volvieron en redondo. El millonario dijo:

—Disculpen...

—He venido para llevarla a la ciudad, señor. Le ruego que me permita utilizar el «Mercury»...

—Por supuesto, pero no comprendo. Pat está perfectamente atendida aquí...

—Atendida sí, pero segura no.

—Comprendo.

—¿Me permite una pregunta, señor?

—Las que quiera, Mason. Después de... Bueno, quiero decir que no puedo negarle nada de cuanto me pida.

—¿Cuándo compró usted esta casa?

—Hace muchos años... unos quince o más. Pero estuvimos algún tiempo sin vivir aquí.

—¿A quién la compró?

—A una compañía inmobiliaria, naturalmente. Ellos la vendieron años antes a alguien que murió, y como no había pagado aún ni siquiera la mitad, toda la propiedad volvió a sus manos.

—Gracias, señor.

—¿Puede decirme la razón de sus preguntas?

—Ni yo mismo la sé.

El millonario cabeceó, abatido.

—Saldré para la ciudad dentro de media hora, con el comisario. Si necesita algo más de mí, Mason...

Se retiró. Repentinamente, Dan dijo:

—Ven conmigo.

—¿Vamos a la ciudad?

—Al yate.

Ella le siguió. Archer y Colton daban cuenta de media botella de *whisky*, instalados en el camarote de la tripulación.

Ambos dieron un salto al verle llegar. Luego, advirtieron el revólver sujeto por el cinturón y cambiaron una mirada de perplejidad.

Dan gruñó:

—Pat va a quedarse a bordo, muchachos. Voy a sacar un par de pistolas del armero y me responderéis con la cabeza de su seguridad. ¿Alguna pregunta?

Archer se atragantó con el *whisky*.

—¡Montones de preguntas! ¿Qué esperas que suceda, capitán?

—Maldito si lo sé. Pero alguien puede atentar contra ella.

Colton gruñó:

—Trae la artillería y deja lo demás en nuestras manos.

Fue a su propia cámara, abrió el armero y sacó dos pistolas automáticas «Colt» del 45. Introdujo los cargadores y regresó junto a los marinos.

Archer rezongó entre dientes. Dijo:

—Estamos desentrenados, capitán... No creo que podamos acertar a un elefante a diez pasos.

—Acierta a la barriga de un hombre a tres y será suficiente. Tú, Colton...

—¿Sí?

—Creo que conoces estas costas como nadie.

—Bueno...

—¿Qué crees que pueda haber en ellas, en terrenos de esta propiedad? Algo de inmenso valor en todo caso.

La respuesta fue rotunda:

—Nada. Nada en absoluto.

—¿Seguro?

—He buceado millares de veces aquí. Todo lo que hay es el viejo casco de un bote de remos hecho astillas.

—No lo comprendo...

—¿El qué, capitán?

—La razón por la que alguien quiso comprar esta propiedad a cualquier precio... la razón por la que alguien ha desencadenado esa matanza por la misma razón, aparentemente.

—Te repito que no hay nada en el mar, concretamente, en aguas de Green Paradise.

—Te creo, por supuesto. ¿Pat?

Ella le besó fugazmente en la boca.

—Te quedarás aquí, con estos dos tiburones. No te separes de ellos en ningún momento. ¿Entendido?

—Sí, búho.

—Tienen las manos muy largas con las chicas, pero se las cortaré si

pierden la brújula contigo.

Los dos hombres iniciaron un apasionado coro de protestas, pero él no les oyó porque ya saltaba fuera del yate y corría hacia la casa.

Una sombra le cerró el paso. Con una velocidad increíble, Dan tuvo el revólver apuntando hacia adelante.

El comisario barbotó:

—Ahorre esos juegos malabares conmigo, Conway. ¿Adónde cree que va?

—A la casa.

—¿Tuvo una idea?

—Varias. Se me ocurrió pensar por qué alguien contrató a un tipo recién salido de la cárcel... precisamente cuando un delincuente está más «caliente» para la policía.

—¿Y...?

—Alguien extraño al mundo del delito. Usted y yo podríamos contratar siete asesinos si quisiéramos sin buscar mucho. Conocemos el ambiente. Una persona normal, no.

—Ajá.

—Tuvo que aguardar a que salieran de la cárcel los tipos que necesitaba. Era la única manera de localizarlos para un profano. Estudió sus historiales y los eligió.

—Eso ya lo había pensado.

—Bueno... la cosa gira en torno a esta casa y sus propietarios.

—Así parece.

—Voy a poner un cartucho de dinamita bajo las posaderas de alguien, metafóricamente hablando, y veré qué sucede.

—Metafóricamente hablando, es usted un idiota, Conway.

—¿Por qué?

—Nosotros también estamos trabajando. ¿Lo ha olvidado? Espero recibir unos informes concretos de un momento a otro.

—¡Al diablo con sus informes!

—Mire, si entra usted ahí como un toro salvaje en una cacharrería, le encerraré hasta que le salgan canas. Deje las cosas como están.

Sacudió la cabeza.

—Ya no. No más crímenes, Drake. Piense en Pat también... nadie sabe lo que puede hacer una bestia sanguinaria como la que ha hecho esas carnicerías.

—La chica...

—¡Es mi chica en todo caso!

El policía titubeó. Después dijo con otro tono:

—¿Sabe usted, Conway? Si todo hubiera salido como nuestro desconocido amigo planeó, nunca hubiéramos llegado a sospechar nada. Crímenes perfectos. Bueno, borrón y cuenta nueva. Ahora es distinto. Sospechamos de todo el mundo, especialmente de los que

estuvieron en situación de administrar la droga a la señora Garland.

—Lo sé.

—Si realmente está dispuesto a estropear todo el trabajo por su maldita terquedad, amigo, yo...

Dan le atajó con un gesto.

—Está desperdiciando el tiempo con sus discursos, comisario.

—Estoy ganándolo, lo crea o no.

Él le miró con suspicacia.

—Drake, con su retorcida manera de hablar está ocultando algo importante, ¿no es cierto?

—Puede serlo.

—Entonces, ¡suéltelo de una condenada vez!

—Creo que... es solo una conjetura, pero creo que tenemos al artista del cuchillo.

Dan casi se cayó de espaldas.

—¿El mismo que me hirió?

—Seguramente, si su descripción de él era cierta, especialmente en lo que concierne a sus ojos. La cosa empezó cuando un agente descubrió un traje manchado de sangre, tirado en un callejón, entre unos cubos de basura... Pero, venga conmigo. Hablaremos por el camino.

Casi le empujó hacia los coches policíacos que esperaban en la plazoleta.

Y siguió hablando, efectivamente, durante el trayecto.

CAPÍTULO XII

Paul Cutler Canby, tendido sobre el lecho, la mirada perdida en algún punto impreciso del artesonado, oía confusamente el suave repiqueteo de la lluvia contra los cristales de la ventana.

Sumido en una suerte de éxtasis, rememoraba los últimos sucesos que le habían elevado a cumbres nunca conocidas, o hundido en los más negros abismos del mal, entre un remolino de sangre, gritos y alaridos que aún resonaban dentro de su turbio cerebro.

Sentía una extraña lasitud, como si de repente hubiera alcanzado el punto culminante de lo que, para él, era la vida.

La vida que significaba la más horrible de las muertes para los demás.

Percibía sin advertirlos los múltiples rumores del hotel. El sordo zumbido del ascensor; los pasos de alguien recorriendo el pasillo o bajando las escaleras.

La apagada música de un aparato de radio; las voces de otros huéspedes... diminutas partículas de unas vidas que se agitaban a su alrededor, inconscientes de la negra vecindad que *Cuchillero* Canby representaba.

Esos rumores, que se mezclaban con el de la lluvia contra los cristales formando una familiar sinfonía que abrigaba sus siniestros ensueños...

Y de pronto solo quedó la lluvia.

Paul Canby tardó algún tiempo en advertir el súbito silencio que había caído de repente sobre el hotel.

Parpadeó, volviendo inesperadamente a la realidad.

Se incorporó poco a poco. Las nieblas que enturbiaban su tarado cerebro se aclaraban con rapidez.

Debía hacer el equipaje. Ardía en deseos de alejarse de la ciudad. Tan pronto le llegara el dinero que le prometieran para después de cumplida su parte, saldría de Daytona Beach para no volver jamás.

Entonces recordó que aún no había limpiado el cuchillo. El frenesí que le asaltó después de la carnicería cometida le había impedido razonar con lucidez. Era preciso limpiarlo inmediatamente y esconderlo en el doble fondo...

Lo tenía envuelto en su pañuelo. Ese pañuelo también debería tirarlo en una alcantarilla, o quemarlo...

Saltó hacia el cuarto de baño.

Entonces llamaron a la puerta y se detuvo, asaltado por un súbito pánico.

Cautelosamente se acercó a la puerta y gruñó:

—¿Quién...?

—Carta para usted, señor —dijo una voz—. Lleva indicación de urgencia.

Suspiró.

Sin duda, era el sobre conteniendo el resto de su paga, de la paga de aquel torrente de sangre que todavía parecía anegarle...

Abrió confiadamente.

Había un hombre al otro lado que no llevaba ningún sobre en la mano.

Era casi un gigante y su rostro contorsionado por el odio y la ira le recordó otro terrible encuentro.

Intentó echarse atrás, cerrar la puerta desesperadamente.

Un puño semejante a una roca estalló contra su cara. Canby se sintió volar, sin que sus pies tocaran el suelo. Cuando cayó lo hizo estrellándose de cabeza contra un costado de la cama y rodó igual que un fardo, quejándose y manoteando.

Consiguió levantarse y aclarar su mirada. El gigante había entrado y estaba a menos de dos pasos. Detrás de él otros hombres irrumpían en la habitación.

—¡Tú, maldita bestia del infierno! —barbotó el gigante.

Volteó el brazo y de nuevo su puño retumbó contra el escuálido pecho del asesino, y una vez más Canby salió volando.

Uno de los hombres que había entrado gritó algo, pero una voz no era suficiente para detener a Brian. Sus puños entraron en acción como mazos, implacables, una vez tras otra, semejantes a pistones de una colosal máquina de vapor.

Canby sufrió todos los dolores de la muerte bajo semejante lluvia de golpes. Su rostro estalló en sangre y perdió la visión. Algo se quebró en su pecho y se clavó como un cuchillo en sus pulmones produciéndole una agonía de dolor...

Brian golpeaba con tanta velocidad que los mismos golpes mantenían de pie al sádico, aplastado contra la pared. Cuando el comisario y sus hombres lograron sujetar al desencadenado marino, impidiéndole continuar destrozando a *Cuchillero* Canby, este se deslizó despacio por el muro hasta quedar acurrucado, hecho un ovillo, una piltrafa sangrienta, sin forma en la cara hecha pedazos, jadeando, sollozando, quejándose...

El comisario Drake, todavía forcejeando con Brian, barbotó:

—¡Quieto, maldito sea usted! ¿Cómo infiernos cree que podremos justificar eso?

Brian, o Dan Conway, porque ahora ya no importaba un nombre, le miró como si le viera por primera vez en su vida.

Sus ojos grises eran llamas. Las manos, aquellas manos duras,

poderosas, temblaban espasmódicamente.

—¡Cálmese! —gruñó el policía—. Debí dejarle a usted abajo.

—Me lo debía... ese engendro estaría mejor muerto, comisario, y usted lo sabe.

—Lo único que yo sé es... ¡Condenación! Dejémoslo. ¿Está seguro que es el tipo que le hirió?

—No podría olvidarle aunque quisiera...

—Está bien. Ustedes, echen un vistazo a todo esto...

Sus hombres asintieron. Él se inclinó sobre el inconsciente Canby y le registró apresuradamente.

—No lleva arma alguna —rezongó, preocupado.

El marino se encogió de hombros. La ira aún le dominaba. Era como una obsesión, porque la imagen de la mujer que él viera destrozada no se apartaba de su mente.

Encendió un cigarrillo y aspiró el humo hasta el fondo de los pulmones. Un minuto después oyó la exclamación de uno de los hombres y se volvió.

El policía salía del cuarto de baño en aquel instante. Estaba pálido. En la mano sostenía algo manchado de sangre.

John Drake, el comisario, rezongó:

—Ni siquiera había limpiado el cuchillo todavía.

Acercándose, Conway vio el largo estilete. Todo él era una pieza llena de sangre, desde la afilada punta hasta la empuñadura.

Canby comenzaba a revivir. Incapaz de ver nada, se arrastraba sin rumbo con un continuo quejido brotando de sus rotos labios.

El marino se volvió y descargó un puntapié con todo el furor que le invadía a la vista del arma que había servido para cometer las dos salvajadas...

Canby volvió a quedar inerte, igual que muerto.

Drake gritó:

—¡Quieto, Conway! ¿Quiere dejarme con un cadáver entre las manos? Necesitamos a ese tipo vivo.

—¿Para qué? No sabrá nada. Lo mismo que el otro. Recibió una carta, o dos, ordenándole lo que debía hacer y cómo hacerlo. Le adjuntaron algún dinero, seguro...

—Incluso así, lo quiero vivo, de modo que lárguese de aquí. Ya hizo su parte, Conway, y he de confesarle que me gustó. Yo mismo hubiera deseado tener las manos libres para machacar a ese maldito monstruo.

—¿Y el tipo que le ordenó cometer los crímenes, comisario?

—Caerá, por supuesto.

—Cualquiera pensaría qué sabe usted quién es.

—Saberlo... no, Conway. Pero lo sospecho. Espero recibir unos datos de un momento a otro y entonces procederé.

—¿Quién...?

—Si espera que me arriesgue a decírselo, está loco, amigo. No quiero más exhibiciones como la que acabo de ver. Y ahora, largo. Le veré en Green Paradise.

Durante unos largos instantes, Conway mantuvo sus ojos fijos en el policía. Unos ojos que ardían como si estuviera consumido por la fiebre.

—Muy bien —murmuró al final—. Pero como usted dijo una vez, comisario, es cuestión de eliminación.

Giró sobre los talones y se encaminó a la puerta Drake gruñó:

—Cuidado, Conway.

—¿Qué?

—No empiece a eliminar sospechosos por su cuenta, eso es todo.

El marino salió y cerró la puerta a sus espaldas.

Un par de guardias mantenían alejada a la gente del hotel. Abajo, los coches policíacos y un gran despliegue de fuerzas pregonaban las precauciones del comisario. Precauciones que habían resultado perfectamente superfluas.

CAPÍTULO XIII

Garland, desde la butaca en que se hallaba hundido, murmuró:

—Debió usted haberlo matado, Mason.

—El comisario lo evitó. Y ya no es necesario seguir llamándome por ese nombre, señor. El mío es Conway. Tuve mis razones para cambiarlo cuando vine aquí.

Mervin Garland, con su brazo pasado por la cintura de su novia, gruñó:

—Espero que ese hombre podrá ser juzgado sin demasiado escándalo, papá. Habrá que hacer algo a ese respecto... Hablar con el fiscal, o con la policía. Tenemos amistades suficientes...

Calló ante la reluciente mirada de su padre.

Gertie Gregg, con su voz suave y clara, dijo:

—Afortunadamente, querido, ya todo terminó. Ha sido todo tan espantoso... una auténtica pesadilla. Pero hemos de seguir viviendo, ¿comprendes?

Dan Conway se quitó el cigarrillo de los labios. Su voz retumbó como un latigazo cuando exclamó:

—Ahí es donde se equivoca, señorita Gregg. Nada ha terminado todavía.

Todos se volvieron a mirarle, perplejos. Garland, sumamente abatido, se irguió un poco.

Su hijo y la muchacha como si le vieran por primera vez.

Herman Gregg sacudiendo la cabeza.

Fue este quien dijo al fin:

—No es usted muy consecuente, señor Conway. ¿No dijo que se llama así? Bien, acaba de contarnos cómo capturaron al asesino... cómo usted mismo le golpeó... ¿Y dice que no ha terminado esta pesadilla?

El sacudió la cabeza.

—El demente del cuchillo no era más que un instrumento. Hay alguien más, señor, alguien que le ordenó matar, y hacerlo del modo más salvaje que fuera capaz. Lo eligió bien, desde luego.

—¿De dónde saca ahora esa absurda idea? —masculló Mervin.

—No soy yo solo a sostenerla —dijo Conway, ceñudo—, la policía está convencida de ello.

—Absurdo —insistió el joven Garland—. Ese loco merodeó por estos alrededores cuando descubrió a Pat que iba a bañarse. Volvió y en lugar de Pat tropezó con la pobre mamá y...

Dan le atajó con un gesto brusco.

—No —dijo—. Todo forma parte de un complot, un plan

cuidadosamente tramado. Primero el hombre que se disponía a sabotear los coches, o un coche determinado. Sabemos sin ninguna duda que alguien le contrató pagándole cinco mil dólares por adelantado y prometiéndole otros tantos para cuando estuviera hecho su sucio trabajo...

—¿Cómo lo sabemos? —terció Mervin una vez más—. A usted se lo dijo una mujer que era una cualquiera...

Las pupilas de Dan lanzaron destellos de ira.

—Esa «cualquiera» fue bárbaramente eliminada justamente por lo que sabía, no lo olviden. Eliminada por el mismo engendro que después mató a la señora Garland. Si el coche hubiera sido sabotado, al descender por la carretera del risco se hubiera despeñado, hundiéndose en el mar. Todo el mundo lo habría atribuido a un accidente, ¿no es cierto?

Hubo un tenso silencio. Dan pareció relajarse de pronto, como si el hecho de hablar del sórdido asunto le calmara sus tensos nervios.

—Con ese accidente se habría eliminado a uno de los miembros de la familia Garland, posiblemente al propio señor Garland. Después, la señora habría caído bajo el cuchillo de un asesino demente, un sádico que, no lo olviden, hubiera matado aparentemente impulsado solo por su ansia de sangre, uno de esos bárbaros locos que de vez en cuando aparecen y siembran el pánico en una comunidad. Otro hecho aislado. Incluso el primer crimen, el de esa pobre «cualquiera» que usted dijo, hubiera contribuido a sembrar la alarma, la creencia de que un loco sanguinario andaba suelto por estos alrededores.

Se miraron unos a otros, en parte incrédulos, en parte alarmados por las consecuencias que pudieran implicarse de la versión que estaban oyendo.

Robert Garland murmuró:

—Lo que usted insinúa, Conway, es un arma de dos filos si no puede usted probarla.

—Será la policía quien encuentre las pruebas. Pero los hechos están ahí y nadie puede desvirtuarlos. Estoy seguro que esas muertes hubieran sido atribuidas una a un accidente, la otra al hecho aislado de un monstruo perturbado... de no mediar el destino por en medio. El destino, y la posición social del que armó esas manos.

Esta vez la cosa hizo algo más que dejarles perplejos. Les hizo dar un salto.

Mervin barbotó:

—Cuanto más habla, más me convence de que el loco es usted. ¿Qué tiene que ver la...?

—Piénselo un poco —insistió Dan—. El hombre que planeó este sangriento asunto hubo de buscar a los asesinos entre individuos recién salidos del penal o del sanatorio. No podía encontrarlos mediante un

anuncio en los periódicos, ¿eh? Tampoco estaba introducido en los bajos fondos para seleccionar allí a su gente. Solucionó este escollo estudiando el historial de quienes salían libres después de cumplir condena... y eligió a los que creyó que se adaptaban mejor a sus planes. Ahí estuvo su *hándicap* desde el principio.

Herman Gregg rezongó:

—Un momento, por favor.

—¿Sí, señor?

—Demos por supuesto que está usted en lo cierto. Y observe que es una suposición. Bien, ¿por qué, señor Conway? Según usted, tememos que alguien quiso eliminar al señor Garland y a su esposa. Repito, ¿por qué?

Mervin gruñó:

—Está loco... Detrás de todo crimen hay un motivo. ¿Dónde está aquí el motivo? Si mis padres hubiesen muerto los dos, yo heredaría sin lugar a dudas. ¿Me convierte eso en sospechoso automáticamente?

Su padre se levantó, ahora tenso y alerta.

—Esa pregunta debe ser respondida con claridad, Conway —dijo con voz que delataba su preocupación—. Lo que mi hijo acaba de decir es verdaderamente cierto.

—No cabe duda que si las cosas hubiesen sucedido de modo que todo fuera atribuido a accidente y a muerte en manos de un loco, nadie hubiera sospechado de su hijo ni de nadie en particular. Ahora...

—¡Termine!

Conway esbozó una suerte de sonrisa.

—Ahora, busquemos la razón de todo esto. La razón por la que alguien que ocultó cuidadosamente su identidad insistió tanto en comprar esta propiedad. La razón por la que al no conseguirlo se esfumó... y puso en marcha un plan como el que sabemos... invirtiendo por lo menos veinte mil dólares como mínimo...

Esta vez nadie habló. Se miraron entre ellos, miraron al marino, y finalmente, Dan añadió:

—Usted me dijo que compró esta casa hace por lo menos quince años, y que antes había pertenecido a alguien que murió, dejándola sin pagar, por lo que la propiedad volvió a los agentes de bienes raíces... ¿Es eso cierto?

—Lo es. Estuvo años sin ocuparla nadie, deshabitada. Pero no comprendo adónde quiere ir a parar, Conway.

—La policía está a punto de resolver ese aspecto del problema. El comisario me confesó que solo esperaba recibir unos datos y tendría la solución en la mano.

—¿Y...?

—Yo no puedo esperar, señor.

El millonario cabeceó. Estaba más pálido que antes, pero ahora su

mirada ya no era apagada ni abatida, sino furiosa y resuelta.

—Continúe, Conway. Veamos adónde somos capaces de llegar por nuestra cuenta, sin aguardar a que la policía reciba esos informes misteriosos.

—Sencillamente, llegamos a la conclusión de que el motivo de tanta sangre está en la casa, en la propiedad de esta casa, señor.

Mervin gruñó con evidente sarcasmo:

—Menos mal que no lo achaca a mis ansias de cobrar la herencia.

Su padre dio un respingo.

—¡Cállate! —gritó—. Debieras haberte dado cuenta que Conway sabe adónde va, y que por lo menos él tiene sentido común, cosa que por lo visto tú ignoras lo que es. Siga, amigo mío.

Dan sonrió, ahora abiertamente.

—Creo que podemos adelantar bastante si hace usted una llamada telefónica, señor.

—¿A quién?

—A los agentes que le vendieren la casa. Pregúnteles solamente en qué fecha compró la casa el hombre que murió... y su nombre.

—¿Eso es todo?

—También sería interesante saber si hizo reformas en ella.

—¿Y...?

—Es todo, señor.

Garland titubeó un instante. Luego, su mirada cobró súbita vida y masculló:

—Por el cielo que lo haré. Ahora no podría vivir sin aclarar tan sórdido misterio.

Se dirigió al teléfono, consultó un número en la guía y después de marcarlo esperó.

Habló breve y concisamente, sin dar explicaciones superfluas. Aceptó las condolencias de quien fuera que estaba al otro extremo de la línea y al fin colgó, volviéndose un tanto perplejo.

—La casa fue adquirida el seis de diciembre del año mil novecientos cuarenta y cuatro, Conway. El hombre que la compró se llamaba George Bagley y pagó solo una cuarta parte al contado. Vino a vivir aquí él solo.

—¿Realizó algún tipo de reformas?

—Como la casa no estaba aún pagada, hubo de pedir autorización para ello. Convirtió el sótano en sala de juegos, tal como está ahora. Eso es todo lo que han podido decirme.

—El año cuarenta y cuatro...

—En plena guerra —comentó el millonario, pensativo.

—Sea lo que fuere que esta casa oculte —dijo Dan—, está en ese sótano.

Mervin no pudo contenerse por más tiempo y comentó:

—¿Un crimen perfecto, como en las historias policíacas? No vaya a decirnos ahora que hay un cadáver enterrado abajo.

—No es un cadáver... es algo de gran valor. Algo incalculable tal vez, pero que justifica el que se mate por ello. Sabremos lo que es cuando la policía lo encuentre.

Gertie murmuró:

—Mervin, querido... todo esto suena tan fantástico...

—Tan fantástico que nos lleva al convencimiento de que la mente que ideó todo esto está en esta casa, señorita —replicó Dan—. Es alguien que pudo matar al hombre que yo capturé antes que revelara lo que sabía. Alguien que pudo administrar un narcótico, una droga, a la señora Garland para que no embarcara con todos los demás y hubiera de quedarse aquí, a merced del asesino. Y yo no creo que esa mente retorcida y criminal sea la de cualquiera de los sirvientes.

El millonario pegó un respingo.

—¡Conway! —jadeó—. ¿Adónde quiere llegar?

—Está más claro que la luz, señor. Piénselo un poco y luego decida. De cualquier modo, la policía lo aclarará todo tan pronto llegue aquí.

De pronto, Herman Gregg dijo:

—Admiro la lucidez de su razonamiento, señor Conway. Y me sorprende mucho que un hombre de mente tan clara, tan inteligente, esté desempeñando un cargo tan mediocre. Acertó usted en casi todo.

Dan asintió con un gesto.

—Lo sabía —fue todo lo que murmuró.

Garland exclamó:

—¿Qué quiere decir con eso, Gregg?

—Su capitán de yate ha llegado a la conclusión acertada... paso a paso, pero ha llegado. Supongo que los datos que la policía espera recibir son los relativos a mi verdadera personalidad, ¿no es así, señor Conway?

—No lo sé.

—No hubiera sucedido de no... En fin, ya no tiene remedio. Cuando los polizontes deciden escarbar, acaban por conseguir lo que se proponen, y en este caso será averiguar mi nombre auténtico... un nombre alemán, y saber que hace relativamente poco tiempo que quedé libre, después de años interminables de encierro, condenado como criminal de guerra. Yo era comandante de un submarino, señor Conway, en diciembre del año cuarenta y cuatro.

—Cuando Alemania estaba derrumbándose.

—Exacto. Algunos grandes hombres nazis sacaban del país tesoros increíbles, poniéndolos en lugares seguros. Muchos de ellos no se encontrarán jamás, porque los que conocían sus escondrijos murieron en los últimos tiempos... excepto unos pocos. Yo, concretamente.

—Ahora todo está claro. Lo que usted y su cómplice ocultaron aquí

es uno de esos tesoros.

—Ciertamente.

Mervin barbotó:

—¡No puedo creerlo!

Dan se dejó caer sentado en una butaca. Pero al mismo tiempo en su mano apareció el revólver, que apuntó al alemán sin un titubeo.

—Salió usted de una cárcel europea, para venir a meterse en nuestra celda de la muerte —dijo.

—Ahí es donde se equivoca... a menos que quiera ver al joven Garland con un agujero en la cabeza.

Dan ladeó la mirada. Gertie se había apartado un poco de su prometido, y ahora tenía una pistola automática apuntada centra el joven.

Mervin casi se derrumbó de espaldas.

—¡Tú, Gertie! —jadeó.

Gregg rio entre dientes.

—Esa es una de las pocas cosas que son ciertas en todo lo que ha ocurrido. Ella es mi hija, menos joven de la que aparenta, pero todavía hermosa y capaz de conquistar a un jovenzuelo estúpido, presuntuoso y engreído.

—Él debía heredar —dijo Dan—. Una vez heredero, y casado con su hija, también hubiera sufrido un accidente, supongo...

—Esa era la idea por lo menos. Valía la pena... hay más de cien millones ocultos en el sótano, bajo el pavimento. Cajas de oro, que desembarcamos en los riscos desde mi submarino. Después hube de hundirlo para que no quedaran más testigos que el agente supuesto propietario de esta casa.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, nos marcharemos. Sé perder, señor Conway. Los años de encierro me dieron una gran calma en mis decisiones. Conservar la vida es lo importante... lo más importante del mundo.

—Usted no va a conservarla, Gregg, o como se llame.

—Nunca nos cazarán. Cuando los policías reciban los informes relativos a nosotros, nos habremos esfumado por completo. Nuevas identidades, nuevo aspecto... Lástima perder todo ese oro, por supuesto, pero no nos daría tiempo a desenterrarlo aunque les matásemos a ustedes.

Garland barbotó:

—¡Salgan de aquí! No irán lejos de todos modos. Nuestros policías no son tan tontos como creen algunos.

—Siempre hay alguien más inteligente que ellos.

—Le dije que usted no saldrá vivo de aquí, Gregg —remachó Dan.

Su voz silbó como un látigo.

La muchacha dijo:

—¿Olvida al hermoso Mervin, señor Conway?

El joven temblaba ante la amenaza de la pistola. Con voz semejante a un quejido suplicó:

—¡Déjelos marchar, maldito sea usted! ¿No ve que van a matarme?

—Usted tiene una pistola apuntada a la cabeza. Muy bien, el señor Gregg también. Solo se trata de saber quién dispara primero. Voy a contar hasta tres, Gregg. Si para entonces su hija no ha soltado la pistola usted recibirá una bala donde más le duela.

—¡Y el joven Garland morirá! —gritó el alemán.

—Veremos. ¡Uno, señor Gregg!

La muchacha rechinó los dientes.

Mervin lanzó un quejido y se tambaleó.

Inesperadamente, Danladeó un poco la mano y su revólver llameó. El estruendo hizo temblar los cristales.

Pero hizo algo más.

Gertie retrocedió, girando sobre sus pies. La pistola resbaló de sus dedos antes que ella cayera de rodillas, quejándose sin voz.

El alemán lanzó un grito y corrió hacia su hija.

—¡Deténgase dónde está! —ordenó Conway.

Gregg se revolvió como una serpiente. Su mano había desaparecido bajo su chaqueta.

Dan apenas se movió. Comenzó a tirar del gatillo una y otra vez, mientras desde el suelo Gertie gritaba cada vez más fuerte.

Su padre sacó la mano. De entre sus ropas cayó una pequeña automática, mientras todo su cuerpo era sacudido por los proyectiles que barrenaban su carne arrancándole la vida que había conservado tantos años esperando obtener el triunfo...

Cuando se desplomó de bruces era un cadáver sangrante y el revólver de Dan estaba vacío.

Los dos Garland estaban igual que petrificados. Gertie se quejaba sin tregua, no sabían si de dolor por la bala que había atravesado el costado, o por la muerte de su padre.

—Juré que no escaparía —dijo Dan con extraña calma—. Espero que el comisario no se ponga muy furioso cuando llegue aquí...

—Conway...

El millonario le estrechó la mano, incapaz de hablar.

—Ahora, creo que he cumplido mi parte, señor. Su esposa fue extraordinariamente comprensiva conmigo, cuando necesité ayuda. Por lo menos ha sido vengada.

—Espere...

—Pat estará impaciente, sobre todo si han oído los disparos.

—Comprendo. Ella y usted...

—Sí, señor.

—Lo celebro... estoy como aturdido. Hay que avisar a un médico

para esa mujer.

—Sobrevivirá lo suficiente para repetir toda la historia ante el tribunal.

Mervin, pálido, no despegó los labios. Pero la atormentada expresión de su rostro hablaba por él.

Padre e hijo le vieron encaminarse a la salida. El gigante andaba ahora apresuradamente, acuciado por la impaciencia de abrazar a la muchacha que había sabido comprenderle, que había confiado en él en los momentos difíciles.

Después de la tormenta que acababa de vivir, aquel hombre llegado de lejanas tierras, el aventurero que lo tuvo todo y volvió a perderlo, caminaba ahora en busca de la paz y el amor, un amor como no conociera otro en toda su agitada vida anterior.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

— y —

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA · FICCION"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España